

Dentro y fuera ...

(viene de la pág. 1)

ria. Decenas de miles de proletarios, sobre todo buena parte de aquellos que trabajaban en los sectores informales de la economía, perdieron trabajos y fuentes de ingresos: el aumento de los índices de pobreza todavía no ha remitido a niveles previos a 2020.

En 2022 el estallido de la guerra de Ucrania trajo el apoyo incondicional del gobierno a las potencias de la OTAN capitaneadas por EE.UU. Por supuesto que España no es un país al que se pueda caracterizar como un imperialismo central y su participación en la oleada de movilización bélica, más allá de la retórica oportunista de la burguesía y todos sus voceros, no tiene el peso que, por ejemplo, la misma tiene en Reino Unido, Alemania o Francia, cualquiera que sea la posición concreta que adopten estos países.

Finalmente, también desde 2022, la oleada inflacionista más aguda desde la década de los años '70 ha supuesto un empeoramiento fulminante de las condiciones de vida y de trabajo de la gran mayoría de los proletarios, que padecen el incremento del precio de la compra, el combustible, etc.

Esta es la realidad acerca del triunfo de las corrientes políticas que, surgidas del estallido social que tuvo lugar durante la crisis de 2008-2012, enarbolaron el viejo programa de la solidaridad interclasista remozado por una estrategia electoralista que también era conocida de antiguo. Es cierto que desde el sector izquierdista de la coalición gubernamental claman por los límites que el Partido Socialista supuestamente les impone, pero en caso de que esto sea verdad no sería otra cosa que la consecuencia de su pretendida «política de lo concreto» bajo cuyas consignas pidieron (y obtuvieron) la participación de amplios estratos del proletariado en las implica-

ciones prácticas de dicha solidaridad entre proletarios y burgueses, transformada en programa político y formulada con toda una batería de slogans acerca de la avaricia y la rapacidad de determinados sectores («la casta» primero, «la trama» después) que habrían usurpado el gran pacto social con el que nació el Estado del bienestar para su provecho.

El balance de estos últimos años, tomando como referencia todos los hitos que acabamos de mencionar, es claro: triunfo en un primer momento de los esfuerzos realizados para encauzar la tensión social que la crisis capitalista de la última década había generado por el camino de la participación electoral, es decir, del respeto al Estado como mediador entre las clases sociales y garante de un cierto equilibrio entre ambas y de la democracia como única vía posible para la lucha de clases. Posteriormente, y como consecuencia de una situación internacional en la que los propios equilibrios sociales están cada vez más erosionados por las fuerzas centrífugas que pone en marcha continuamente el capitalismo, movilización de la clase proletaria en defensa de los intereses superiores de la economía nacional: ante la llamada emergencia sanitaria, encierro de la población, supresión de libertades básicas y desarrollo de una serie de medidas (ERTEs, restricciones presupuestarias a la asistencia médica básica, supresión de los puestos de trabajo en negro, etc.) que golpearon duramente a los trabajadores. Después, con el inicio de la guerra de Ucrania, solidaridad nacional como base de la movilización social que se requería para cumplir con las exigencias que el alineamiento de España con el bando imperialista euro-americano. En último lugar y ante el estallido de las consecuencias que la política económica destinada a paliar los efectos de la crisis de 2008 y, después, de la de 2020, trajo en forma de inflación desbocada, aplastamiento de cualquier movilización en demanda de subidas salariales (el metal en Cádiz, Cantabria, Galicia o País Vasco) para forzar al resto de proletarios a admitir mermas del salario real en la negociación de los convenios colectivos.

Si en 2014 las corrientes «del cambio» encabezadas por Podemos y seguidas por las candidaturas de unidad popular, etc. pretendían reeditar las viejas posiciones de la socialdemocracia clásica, para 2022 ya habían quemado todas las etapas que les separaban de la defensa a cara descubierta de todas las exigencias que la clase burguesa ha planteado al proletariado durante este

tiempo: la situación nacional e internacional estaba ya entonces muy lejos de cualquier ritmo armónico y ha obligado a estos adanes de la lucha social a agotar sus cartuchos en muy poco tiempo.

Existe otra cara de esta cuestión. Si hasta aquí hemos resumido el curso de estas nuevas (ya no tanto) corrientes oportunistas y su función a la hora de lograr que una época crítica haya transcurrido en una relativa paz social, aún queda por hablar de la situación de la clase proletaria. Existe una tendencia a vulgarizar las lecciones que nos da la historia de la clase proletaria y de su lucha contra la burguesía. De acuerdo con ella, la «traición» de las fuerzas políticas (ayer socialdemócratas hoy estalinistas, neo estalinistas y socialdemócratas) traería de alguna manera una reacción por parte de algunos sectores proletarios que podrían sacar las lecciones de este proceso y avanzar sobre las posiciones de la lucha de clase. Confundiendo los términos en que realmente se produjo, se podría aducir el ejemplo de la reacción ante la debacle de la socialdemocracia tras su capitulación ante los imperialismos nacionales en 1914, que significó la gran revuelta proletaria de 1917-1921, el triunfo de la Revolución rusa bajo la dirección bolchevique y la oleada de agitación que llegó desde Alemania a Italia dejando a su paso el nacimiento de la III Internacional y de sus secciones nacionales. Forzando aún más las cosas y agravando el error de comprensión (que es a la vez teórico y político) esta tendencia a encajar la historia en marcos ideales y casi programables, trae también a colación los ejemplos de aquellas luchas obreras que, desde la década de los años 60 hasta las huelgas de los mineros en Polonia (1980) y Gran Bretaña (1984), pudieron suponer una reacción ante el aplastante dominio que socialdemócratas y estalinistas ejercían sobre la clase proletaria.

Esta horma idealista y metafísica en que se pretende encasillar el largo arco histórico de la lucha de clase del proletariado tiene como conclusión que, ante la evidente derrota que ha encajado el proletariado en los últimos años, en la cual el vector principal de la presión burguesa ha sido la ilusión rediviva en la democracia y todos sus engranajes (partidos pequeño burgueses, instituciones, etc.), bastaría con mostrar la realidad a los ojos de la clase proletaria, evidenciar las reglas invariantes que la rigen y, para ello, disponer a una minoría activista dispuesta a hacer bandera de esta política de «concienciación» para revertir dicha derrota y alcanzar el corazón del cuerpo social proletario insuflándole nuevas energías para la lucha. La vertiente intelectual de esta corriente quiere reelabo-

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 -
Barcelona

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

rar una nueva doctrina social para el proletariado comenzando allí donde aquellas que defienden las corrientes oportunistas han fracasado, ignorando que cada clase porta en sí, aún ignorándola, una doctrina, un programa y en última instancia una única vía para convertirse en partido capaz de luchar y derrotar al enemigo y que lo que hay tras ellas no son errores de valoración sino intereses sociales contrapuestos e innegociables. Concibe la lucha contra la influencia que estas fuerzas tienen sobre el proletariado no como una batalla que se debe librar en los terrenos teórico, político y de la lucha inmediata por la defensa de las condiciones de vida de la clase proletaria, sino como una especie de agitación ideológica capaz de suplantar la fuerza del enemigo de clase en el terreno cultural y, con ello, hacer virar la tendencia de la época hacia la concertación y la paz social. Su complemento es el activismo político de tipo maximalista que quiere convocar ya, mediante la acción de cualquier tipo, a las grandes masas proletarias viendo en cada momento la posibilidad de una ruptura con el agobiante ambiente de derrota que se vive. Y para ello recurre a las viejas formas consistentes en «estar» y en «hacer» cualquier cosa y a cualquier precio, basándose en un «análisis de coyuntura» de terrible memoria para el que todo es posible en todo momento si se dispone de voluntad, disciplina o agresividad suficiente.

En el fondo, este tipo de tendencias políticas constituyen precisamente un fenómeno característico de las épocas de fuerte declive de la lucha de clase, son un indicador de la profundidad de la derrota más que una señal de remontada. Tienen, es evidente, una parte de expresión social de descontento, pero este se encauza hacia fórmulas que lo agotarán rápidamente y que, en el peor de los casos, arrastrarán a determinados sectores proletarios, sobre todo de la juventud proletaria, hacia posiciones estériles en las que se dilapidarán sus mejores fuerzas. Por eso de ninguna manera puede considerarse que estas corrientes representen un afluir de nuevos militantes hacia el terreno comunista ni que supongan la aparición de un nuevo medio susceptible de ser redirigido hacia posiciones marxistas. Quien piense lo contrario, participa de igual modo de su visión aunque quiera creer que está a salvo de sus errores.

Porque la realidad que está detrás de este durísimo periodo que atravesamos es, contradiciendo todo este tipo de visiones y perspectivas, que el proletariado aún continúa ausente del terreno de la lucha de clase y que la época aún debe considerarse de absoluto pre-

dominio de la burguesía a través de las múltiples fuerzas que es capaz de poner en juego.

El ciclo contrarrevolucionario abierto por la liquidación de la Revolución rusa, por el exterminio de los revolucionarios enucleados en torno al Partido bolchevique, por la derrota de la Internacional Comunista que aspiró, al menos durante sus primeros años, a convertirse en el verdadero partido comunista internacional, por el desplazamiento de la Izquierda Comunista de Italia de la dirección del Partido Comunista... todavía está abierto. Los breves, aunque intensos, episodios de lucha proletaria que desde la crisis de 1974 parecía que podían resquebrajar el andamiaje de la contrarrevolución permanente, no tuvieron finalmente la potencia necesaria para hacerlo. Y esto es así porque esta contrarrevolución permanente de la que hablamos y de la que la Izquierda Comunista de Italia hizo balance, organizada en el Partido Comunista Internacionalista hasta 1964, Internacional desde entonces, no ha consistido, no consiste aún, únicamente en la eliminación física de los militantes revolucionarios ni en la supresión del Partido Comunista, sino en la capacidad de la clase burguesa dominante de desarrollar una política que ha logrado la aquiescencia de amplísimos sectores proletarios ante sus exigencias. Esto ha sido así no por un golpe del destino, sino porque ha podido dedicar parte del exceso de beneficios que la reconstrucción y el crecimiento económico posteriores a la Segunda Guerra Mundial le dieron a implantar una serie de amortiguadores sociales, de mecanismos para aliviar en cierta medida las condiciones de vida de la masa obrera, con los que hizo atractiva su política de paz social. Los gestores de estos mecanismos son las grandes centrales sindicales plenamente integradas en el Estado mediante los organismos de negociación paritaria legalmente reconocidos, las instituciones comunes con la patronal, etc. y los partidos estalinista y socialdemócrata que recogían en términos electorales los resultados de esta política de integración y reforzaban la ilusión de un sistema democrático que prometía algún tipo de progreso para la clase obrera. Este es el trasunto de la paz social. Y todavía sigue vivo y coleando.

Por supuesto que los años posteriores a la IIª Guerra Mundial durante los que se desarrolló esta política de solidaridad interclasista no fueron años de paz y equilibrio, como nunca podrá serlo ningún periodo mientras perdure el modo de producción capitalista. Pero, miseria, represión, en el interior de los países desarrollados, guerras continua-

das en los mal llamados países del Tercer Mundo, han sido la constante. Pero pese a todo la clase burguesa logró mantener estas fuentes de tensión social relativamente controladas. Las lecciones extraídas de los grandes enfrentamientos sociales que jalonaron el siglo XIX y los comienzos del XX le enseñaron unas lecciones que supo aplicar correctamente, otorgando derechos, manteniendo las condiciones de vida en niveles aceptables, etc. entre ciertos sectores proletarios que ejercían la función, con ello, de atenuar las tensiones que inevitablemente existían. A menor escala, es lo que sucede aún hoy, cuando los recursos de que dispone la clase burguesa son mucho menores, cuando la situación internacional ha llevado a una progresiva agudización de la competencia entre burguesías imperialistas por el reparto de los mercados mundiales, etc. Pero esta política de conciliación entre clases (por muy deteriorada que se encuentre, por mucho que su final ya pueda vislumbrarse en un futuro no demasiado lejano en el que, cuanto menos, un nuevo enfrentamiento militar a gran escala obligue a colocar de nuevo a la clase proletaria en el papel de carne de cañón, no sólo en el frente, sino también en la retaguardia, padeciendo las durísimas condiciones de vida que hoy vemos en Ucrania) aún tiene el vigor necesario como para que la burguesía no vea puesto en cuestión su dominio ni tan siquiera al nivel más elemental, que es el del rechazo a las exigencias que sobre el terreno de la supervivencia cotidiana impone al proletariado en forma de peores condiciones de trabajo, bajos salarios, deterioro de la situación sanitaria, etc.

Este dominio, que es esencialmente político aunque tenga raíces económicas muy profundas, es constatable en todos los terrenos y excluye aún una rápida recomposición de las fuerzas de la clase proletaria en oposición a las de la clase burguesa. Es por ello que el supuesto «ciclo reformista» que han encabezado, en España, Podemos, las corrientes municipalistas, etc. no tiene realmente una entidad propia, no tiene un significado independiente del largo ciclo contrarrevolucionario que se abrió hace prácticamente cien años. Pretender que ahora se acaba una especie de ensueño reformista y que una nueva generación de proletarios se despierta a la lucha, no es sólo una ilusión, sino una posición completamente anti marxista y que, consecuentemente, juega a favor de neutralizar a los elementos, pocos y aislados necesariamente, que puedan buscar una orientación comunista dig-

(sigue en pág. 4)

Dentro y fuera ...

(viene de la pág. 3)

na de tal nombre.

De hecho las corrientes oportunistas surgidas tras la crisis de 2008 y actualmente en el gobierno no han dicho aún su última palabra. Ni siquiera en el terreno de los nombres y las formas políticas específicas que toman las fuerzas burguesas que influyen directamente al proletariado veremos grandes cambios. Concretamente, el esfuerzo realizado por los sectores vinculados al PCE, con Yolanda Díaz a la cabeza, por neutralizar las luchas obreras en defensa del salario que, a lo largo de 2021 y 2022 tuvieron lugar sobre todo en el sector del metal, han mostrado la fortaleza que este bastión tradicional de la reacción tiene de cara a jugar un papel para la burguesía. Es por ello que Yolanda Díaz, que de por sí es la heredera de una larga tradición estalinista fraguada en la contención del proletariado más combativo de Vigo (aquel que en la huelga de 1972 puso en jaque incluso a la Policía Armada franquista con el nivel de arrojo y combatividad que llegó a mostrar), ha sido aupada al puesto de referente de la izquierda nacional tanto por el propio PSOE como por los grandes voceros de la burguesía frente al decadente Podemos y sus rápidamente enriquecidos líderes: es, para la burguesía, la manera de garantizar una fuerza de izquierdas capaz de mantener el orden parlamentario de 1978, basado en el bipartidismo y el reparto de influencias locales, y de reforzar una alternativa «de izquierdas» que tiene bien claro, sin permitirse tan siquiera el más mínimo exceso retórico, cuál es su papel y qué debe hacer valer

ante la clase proletaria.

En cualquier caso, funcione o no la llamada «operación Sumar» en los términos en que se busca fortalecer esta izquierda abiertamente partidaria de la patronal, la agenda política del país está marcada ya de antemano, gane quien gane las elecciones de mayo y de noviembre. Los puntos fuertes de esta agenda son precisamente los que ha venido marcando el «gobierno más progresista de la historia» desde hace cuatro años. Por un lado, las medidas económicas dirigidas a devaluar el precio de la mano de obra conteniendo los salarios muy por debajo del aumento de los precios, es decir, cargando el coste de la recuperación económica sobre sus espaldas, van a continuar exactamente igual que lo han hecho hasta ahora. Más allá de que, en uno u otro caso, los empresarios aumenten sus márgenes de beneficios por la coyuntura inflacionista, el objetivo de la política económica (dentro siempre de los márgenes de un sistema caótico que sobrepasa la capacidad de influencia de la clase burguesa) es reducir el peso del capital variable en la composición general de la producción, expulsando mano de obra del mercado de trabajo y reduciendo el coste de la que permanece. Así, en los próximos años, vamos a ver una firma en cascada de convenios colectivos que, amparados en las reformas legales que ha introducido el Ministerio de Trabajo del PCE (fórmula de fijos-discontinuos para encubrir despidos, ERTes, etc.) van a colocar los salarios muy por debajo de la inflación oficial y mucho más de la real, que afecta por el momento con especial dureza a los bienes de consumo inmediato.

Por otro lado, la escalada de movilización bélica que se vive en todo el mundo, aún siendo España un país de segundo orden en el tablero imperialista mundial, va a continuar repercutiendo en la clase proletaria. La propaganda militarista, las corrientes que, dentro de la propia burguesía ya llaman a acelerar la preparación de una hipotética guerra, pero sobre todo la introducción de medidas para disciplinar a la clase proletaria en nombre de la defensa del país... van a ser constantes en los próximos tiempos. No es por casualidad que desde las corrientes más derechistas se lleve tiempo llamando a una movilización abierta contra Marruecos que, tomando como excusa la cesión al reino alauí de la soberanía del Sáhara Occidental por parte del gobierno de PSOE-UP y la inmigración a través de Ceuta y de Melilla, fortalezca la posición militar de España en su frontera sur. Esta exigencia, verdadero fetiche histórico de la derecha desde el si-

glo pasado, más allá de que sea realizable o no, encubre la propuesta de movilizar a la población contra el «enemigo histórico», como manera de entrenarla en una situación internacional en la que la guerra comienza a ser una opción cada vez más viable.

Finalmente, la consolidación de las corrientes de extrema derecha capitaneadas por VOX, pero a las que se ha dado cobertura abiertamente desde el gobierno, pese a que ya no parece que constituyan una alternativa de gobierno real en un futuro inmediato, servirán para presentar de manera continuada y por todos los medios, una exigencia de mayor control social, mayor represión, más fortalecimiento del Estado... Y esto revertirá necesariamente en un incremento de la presión sobre los sectores más débiles del proletariado, sobre las capas de este formadas por inmigrantes (legales o ilegales), proletarios empobrecidos que recurren a cualquier medio disponible para sobrevivir, etc. de los cuales se hará un chivo expiatorio para mantener la tensión sobre el conjunto de la clase proletaria.

¿Representan hoy o representarán mañana esas tendencias un catalizador de la tensión social? Sin duda la corriente principal del mundo capitalista aboca al enfrentamiento entre las clases sociales. Si durante varias décadas este ha podido soslayarse, las fuerzas que operan en sentido contrario son las que finalmente acabarán por imponerse por la propia dinámica de la sociedad capitalista, de las fueras erráticas de su economía, por el enfrentamiento entre sus clases dominantes, en fin, por la incapacidad para mantener el orden en un mundo cuyas bases pueden sostenerse un tiempo, pero no eternamente.

Pero la función de los marxistas revolucionarios, la función del partido de clase, no es, no puede ser de ninguna manera, precipitar el paso de una situación desfavorable a una en la que las fuerzas de la clase proletaria vuelvan a salir a la superficie. Sin renunciar a ninguno de los ámbitos de actuación necesarios, sin dejar de intervenir en ninguna de las grietas, por pequeñas que sean, que se abren en el orden burgués, el partido todavía hoy debe asumir que la reanudación de la lucha de clase que favorecerá su influencia a gran escala sobre la clase proletaria y sus organismos inmediatos no está todo lo cercana que desearía. Y esto no es un motivo de desaliento, sino una constatación plenamente materialista que le lleva a continuar con su largo trabajo de registro de los fenómenos del mundo capitalista y de intervención, con todas las fuerzas de que dispone y allí donde la situación lo permita.

AVISO

A NUESTROS LECTORES

A lo largo de los dos últimos años, diversos incidentes, interrupciones totales o temporales, han interrumpido a menudo el correcto funcionamiento de nuestro sitio web, www.pcint.org, por lo que también se ha resentido la continuidad del trabajo externo de nuestro partido. Estos incidentes no fueron causados, directa o indirectamente por problemas organizativos ni políticos del partido. La razón era puramente externa y técnica, totalmente fuera de nuestro control, nuestra responsabilidad o la calidad técnica de nuestro sitio. Hoy estos problemas están resueltos y esperamos no tener que temer tales disfunciones en el futuro.

1° de mayo 2023:

(viene de la pág. 1)

a las exigencias del capital, a nivel empresarial y nacional, tanto en lo económico como en lo político, dialogando con la patronal y su Estado.

Las principales necesidades del capital son: conseguir que los trabajadores trabajen de la forma más productiva posible y pagarles lo menos posible por su trabajo. Cada capitalista actúa necesariamente en el mercado, donde encuentra la competencia de otros capitalistas; por lo tanto, persigue esos objetivos para obtener su beneficio y vencer a la competencia, pero para alcanzarlos necesita disponer de la cantidad necesaria de trabajadores a los que explotar y de su adhesión (convencida o forzada) para satisfacer las necesidades de su empresa. Como sabemos, en la sociedad capitalista el asalariado es proletario porque sólo posee su fuerza de trabajo individual, que está obligado a vender a los capitalistas para recibir un salario con el que mantenerse a sí mismo y a su familia; ser proletario no sólo significa carecer de reservas, también significa hacer que la propia vida dependa completamente del trabajo que el capitalista te da o no te da.

Los capitalistas poseen todos los medios de producción en los que emplear la fuerza de trabajo de los obreros, naturalmente según la organización del trabajo más productiva posible, y en virtud de su poder económico y político se apropian de toda la producción de cada ciclo productivo; en la práctica, tienen en sus manos la vida de todos los proletarios de la ciudad y del campo. El poder real de los capitalistas reside precisamente en esta dominación; poder que se ve reforzado por ese órgano político particular que es el Estado y que tiene como función primordial defender los intereses, generales e individuales, de los capitalistas tanto frente a la competencia exterior como frente a la lucha de la clase proletaria.

Todo capitalista tiene que hacer frente tanto a la competencia de otros capitalistas como a la de sus propios proletarios en la medida en que estos emprenden la lucha para exigir salarios más altos y condiciones de trabajo menos onerosas. La lucha de los trabajadores contra los capitalistas es paralela a la lucha competitiva que cada capitalista, y cada Estado, libra contra las burguesías extranjeras. Pero

para que la lucha obrera sea una lucha de clase, debe llevarse a cabo con métodos y medios de clase y por objetivos exclusivamente en defensa de los intereses de la clase proletaria, por tanto métodos, medios y objetivos incompatibles con la paz social, con el diálogo social, con la colaboración entre clases.

En el curso histórico del desarrollo capitalista, la clase proletaria también se ha desarrollado no sólo como masa trabajadora, sino también como clase organizada para defender sus intereses. Por eso los capitalistas, aparte de contar con la evidente protección del Estado, han intentado por todos los medios contrarrestar la fuerza del proletariado organizado, tanto en el plano inmediato con los sindicatos, como en el plano político con sus partidos.

En la sociedad capitalista, la lucha entre clases nunca desaparece; puede alcanzar su máxima expresión en determinadas coyunturas históricas, como en situaciones revolucionarias en las que el proletariado une sus fuerzas al ser dirigido por su partido de clase, o puede permanecer, incluso durante décadas -como es el caso del siglo pasado-, dentro de un contraste social sustancialmente controlado por la burguesía. La burguesía ejerce este control a través de diversas formas: aumentando la competencia entre proletarios, utilizando la represión directa en la fábrica, recurriendo a la represión estatal tanto a través de la justicia como de la policía, sobornando a sindicalistas y políticos, despidiendo a los trabajadores más combativos, deslocalizando, cerrando empresas que ya no son suficientemente «productivas» en relación con el mercado o simplemente porque han quebrado.

Es un hecho constatado que, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, la política de colaboración de clases de los sindicatos reconstituidos tras la fase fascista del sindicato único, y de los partidos autodenominados socialistas y comunistas, ya no fue un hecho episódico o relativo a un sector particular de la producción, sino que se institucionalizó, válida por tanto para todo el sistema económico, previendo así la regulación de todas las relaciones sociales entre la burguesía y el proletariado. Y este buen resultado de la democracia postfascista se lo debe precisamente al fascismo, que fue el primero en introducir la colaboración de clases entre capitalistas y proletarios a través de las so-

ciudades anónimas como única base reconocida para la negociación entre proletarios y capitalistas, tanto en el sector económico del capital privado como en el del capital público.

Por otra parte, el desarrollo del capitalismo en su forma imperialista, con la creación de enormes monopolios, trust y corporaciones multinacionales, con intereses que trascienden las esferas nacionales en las que se ha desarrollado cualquier capitalismo nacional, impuso la necesidad de universalizar el método de negociación entre las empresas y la fuerza de trabajo y de institucionalizarlo mediante leyes estatales que facilitaran y regularan de antemano la administración de la fuerza de trabajo. Y, en efecto, la colaboración de clases institucionalizada ya no es un caso «italiano» o «alemán», sino que concierne a todos los países capitalistas.

La derrota de la causa proletaria -una causa histórica que sólo puede ser revolucionaria y mundial- se debe principalmente a la degeneración de los partidos proletarios y de los sindicatos obreros en los años '20, que de la defensa exclusiva de los intereses de la clase proletaria, tanto en el terreno político inmediato como en el general, pasaron a la defensa de los intereses de la clase burguesa.

Mientras el capitalismo, en su forma imperialista, ha avanzado centralizando el poder en unos pocos monstruos estatales que representan a las centrales imperialistas mundiales, el proletariado -desde el punto de vista de sus intereses de clase tanto a nivel nacional como mundial- ha retrocedido: ha perdido su poder de clase porque ha abrazado la ilusión pequeño-burguesa de que podría conseguir un sistema social en el que cada clase social, cada estrato social pudiera satisfacer sus necesidades sin pasar por la lucha de clases, es decir, sin emprender el camino de la revolución antiburguesa y, por tanto, anticapitalista. Esta ilusión no cae del cielo, sino que surge de las relaciones sociales que caracterizan a esta sociedad y que están impregnadas de la ideología democrático-burguesa por la que todo individuo nace con los mismos derechos y las mismas oportunidades para crecer y mejorar su situación personal, por la que todos somos ciudadanos responsables ante un Estado que reconoce y representa la soberanía del pueblo, soberanía amparada por unas

(sigue en pág. 6)

1º de mayo 2023: (viene de la pág. 1)

leyes «iguales para todos». Que todo esto es un castillo de falsedades se demuestra cada día; si no fuera así, no existiría en el mundo un grupo de multimillonarios que acaparan sistemáticamente la mayor parte de la riqueza mundial y miles de millones de proletarios hambrientos, y no existirían las guerras entre facciones burguesas y entre estados burgueses para avasallarse mutuamente con el fin de asegurarse más poder y mejores oportunidades de acaparar territorio económico, negocios y masas proletarias para explotar.

La economía capitalista se basa en una ley fundamental según la cual el capital debe explotar el trabajo asalariado: cuanto más lo explota, más plusvalía obtiene de él y más aumenta el valor del capital invertido. El capital sin trabajo asalariado moriría, sin doblegar a los trabajadores asalariados a las exigencias de su propia valorización (es decir, de su propio aumento) no tendría razón de vivir. Así como la burguesía no puede escapar a esta ley, tampoco puede hacerlo el proletariado. El interés de la burguesía es mantener vivo este sistema, el interés del proletariado es emanciparse de este sistema; los dos intereses chocan permanentemente, no por la voluntad de una u otra clase, sino porque son antagónicos, y lo han sido desde que el modo de producción capitalista se impuso históricamente.

Este antagonismo de clase está siempre presente, incluso cuando el proletariado no lucha: en realidad es la burguesía la que está en lucha permanente tanto contra los restos de los modos de producción anteriores, como contra las burguesías extranjeras y contra el proletariado. En el primer caso representa el progreso económico y social, en el segundo caso representa la lucha de la competencia para aumentar el poder frente a los competidores y, así, fortalecer la conservación del sistema económico capitalista, en el tercer caso representa la reacción social porque la riqueza social producida bajo el capitalismo es el resultado de la explotación del trabajo asalariado que históricamente tiende a emanciparse del capitalismo: «*La condición más importante para la existencia y dominación de la clase burguesa es la acumulación de riqueza en manos de particulares, la formación y mul-*

tiplicación del capital; la condición del capital es el trabajo asalariado». Esto lo sabemos desde 1848, desde el *Manifiesto Comunista* de Marx-Engels; y la burguesía también lo sabe, como sabe porque es la historia de las luchas de clases y de las revoluciones proletarias la que también se lo enseña- que con el desarrollo de la gran industria, de la que es vehículo involuntario y pasivo, también se desarrollan las masas proletarias más allá de todas las fronteras «nacionales» y, con ellas, la base de la lucha de clases a escala mundial.

Por lo tanto, la burguesía tiene todo el interés en bloquear, fragmentar, desviar la lucha obrera del terreno de la confrontación antagónica de clases al terreno de la colaboración de clases. La lucha de la burguesía contra el proletariado tiene como objetivo no sólo mantenerlo en la condición de proletariado, cuya vida depende exclusivamente del trabajo asalariado y, por tanto, del capital, sino impedir que se organice independientemente, por sus propios intereses de clase y por objetivos históricos totalmente opuestos a los de la burguesía. Y en esta operación, la burguesía se sirve de la contribución de todas las fuerzas que ha logrado corromper y transformar en fuerzas de conservación: los oportunistas, los colaboracionistas que proceden de las filas del propio proletariado.

La lucha del proletariado contra la burguesía tiene como objetivo no sólo mejorar sus condiciones de existencia y de trabajo en el terreno inmediato, sino emanciparse en general del yugo del trabajo asalariado: de ser una clase para el capital, el proletariado lucha históricamente por convertirse en una clase para sí mismo, para su propia emancipación.

¿De qué debe emanciparse? Del capitalismo, de la burguesía que lo aplasta en condiciones de dependencia absoluta del trabajo asalariado, que ha hecho de él el esclavo moderno. Este es el gran objetivo histórico que el proletariado anunció con sus luchas revolucionarias en Europa en 1848, en 1871 con la Comuna de París, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX con la lucha contra la guerra, durante y después de la guerra, y, en 1917, con la revolución victoriosa en Rusia y con los intentos revolucionarios de 1919-1920 en Hungría, Alemania y en 1927 en China.

Pero esas luchas han sido derrotadas, la burguesía, a pesar de estar continuamente en guerra entre sus nacio-

nes, a pesar de acumular crisis económicas cada vez más agudas y devastadoras en la historia de su dominio, ha vencido, sigue en el poder en todas partes, en todos los países del mundo, industrializados y no industrializados. Parece invencible.

Pero la historia no deja que el calendario de las revoluciones y contrarrevoluciones sea dictado por la voluntad de las burguesías más fuertes: la lucha de clases no fue inventada ni por la burguesía ni por el proletariado. Surge del desarrollo de las fuerzas productivas que chocan con las formas de producción que, en un determinado momento de su desarrollo, ya no pueden contenerlas y limitan su empuje objetivo. Por supuesto, la burguesía ha intentado, intenta e intentará limitar ese desarrollo porque no puede hacer nada para resolver las crisis que periódicamente y cada vez con más fuerza afectan a su sistema económico y social, salvo destruir parcialmente las fuerzas productivas que ella misma ha creado y desarrollado. Pero las destruye para poder renovarlas de nuevo porque su objetivo es siempre valorizar el capital, mecanismo que -si no se detiene- reintroducirá las condiciones generales para nuevas crisis y nuevas destrucciones. Las fuerzas productivas modernas son el capital y el proletariado, el uno trata de limitar su desarrollo, el otro, representando el trabajo humano que es la base de la producción social, se ve impulsado a desarrollarlas cada vez más: su enfrentamiento es inevitable. La solución no la puede aportar la clase burguesa, sólo la puede aportar la clase productora, la clase del proletariado, a través del medio que la historia ha expresado desde la antigüedad: la revolución. Por otra parte, la propia burguesía fue empujada a la revolución para poder dar libre desarrollo a las fuerzas productivas modernas que representaba, derrocando con toda la violencia necesaria las formas de producción feudales y asiáticas. Y desde hace más de ciento cincuenta años lucha contra la revolución que, bajo su dominio, ha tomado la forma del proletariado.

La revolución es un proceso histórico, no un acto, por violento que sea, de un día o de unos años. Y para que dicho proceso histórico desemboque en la revolución, es la lucha obrera la que debe desarrollarse en el terreno de la confrontación de clases, un terreno que al principio es el de la lucha en defensa de los intereses económi-

cos inmediatos, pero que la propia confrontación con la burguesía dominante y su Estado eleva a lucha política general.

Con la degeneración de los partidos comunistas y de la Internacional Comunista en los años '20, se abrió el camino a la derrota general del movimiento proletario revolucionario. Desde entonces, el proletariado mundial ha retrocedido un siglo entero. Por eso la burguesía parece invencible. Pero la lucha obrera no ha dejado de dar sus señales, aunque esté impregnada de ilusiones democráticas y pacifistas.

Sin remontarnos a la extenuante lucha en el gueto de Varsovia de 1943, a los levantamientos de Berlín de 1953 o de Budapest de 1956, basta con echar un vistazo a la larguísima serie de luchas obreras que han surgido en diversas partes del mundo para darnos cuenta de que el capitalismo no es fuente de prosperidad y paz, sino de desigualdades, explotación, miseria, crisis y guerras, contra las que la clase proletaria no tiene más remedio que luchar, en una lucha que, sin embargo, encuentra en su camino a las fuerzas sindicales y políticas del colaboracionismo interclasista. Y es este colaboracionismo la causa de su impotencia.

En aquellos lejanos años '50, y en los '60 y '70, que sacudieron la paz social en Francia, Italia, y de nuevo en Alemania, y en los '80 en Gran Bretaña, Polonia y Rusia, las burguesías dominantes utilizaron todos los medios del colaboracionismo tradicional y del nuevo reformismo extraparlamentario y de «extrema izquierda», incluso hasta la lucha armada, para contener la presión de las masas trabajadoras y sabotear sus acciones de protesta y de huelga con el fin de reconducirlas al terreno del diálogo social. Así, hoy, ante un posible futuro estallido de guerra a escala mundial, cuyos primeros signos se vieron a principios de los años '90 con las guerras de Yugoslavia y hoy, mucho más peligrosamente, con la guerra de Ucrania, toda burguesía dominante ha intensificado su propaganda nacionalista llamando a su proletariado a la cohesión nacional, a la unión sagrada, a la defensa de los valores de la civilización occidental. Nada nuevo bajo el sol: se trata exactamente de la misma propaganda que fue utilizada por la burguesía para regimentar, cada uno, a su proletariado con el fin de enviarlo a ser masacrado en la guerra, a uno y otro lado de los frentes. Un nacionalismo aderezado de vez en cuando con las más diversas

«reivindicaciones», pero cuyo objetivo ha sido siempre servir de aglutinante entre los intereses burgueses y proletarios, intereses que en realidad son siempre antagónicos, porque mientras la burguesía gana con las guerras, el proletariado pierde la vida en ellas.

No podemos ocultar que, por mucho que se haya agriado con el paso del tiempo, el nacionalismo sigue teniendo una influencia decisiva sobre las masas proletarias incluso hoy en día. Todos los países se arman para los conflictos próximos y futuros, todos los parlamentos dan luz verde a toda una serie de medidas y leyes para restringir al máximo la tan cacareada libertad de organización, de expresión y de huelga. Y toda fuerza de colaboracionismo de clase, sindicato o partido, se encarga de distraer a las masas proletarias llevándolas al terreno del diálogo social impotente, pidiendo a los poderes burgueses que se apiaden de los trabajadores cada vez más reducidos a una vida de precariedad y miseria.

Y cuando las masas proletarias, como en los últimos meses en Francia, Gran Bretaña, EEUU, Alemania, República Checa, Turquía, Venezuela, China, España, Cuba o Sri Lanka, y en Italia o Irán, salen a la calle para luchar contra el alto coste de la vida, contra las intolerables condiciones sociales, contra el empeoramiento de las condiciones de trabajo, contra el empeoramiento de las reformas de las pensiones, contra los despidos y el paro y por aumentos salariales, entonces hablan los llamados 'sindicatos obreros', exigen que no se invierta más capital en la industria armamentística sino en mano de obra, amenazan con huelgas y manifestaciones que ahora ninguna burguesía teme; mientras que los llamados «partidos obreros» se preocupan de sus tejemanejes de políticos experimentados dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad para reforzar o ampliar sus privilegios. Este genio es el primer gran obstáculo que la clase proletaria encuentra en su camino; es la fuerza social que toda burguesía lanza contra ella para debilitarla, distraerla, engañarla, desviar cualquier acción que el proletariado emprenda autónomamente. Este hecho por sí solo deja claro que la burguesía, en realidad, teme que las masas proletarias se vean empujadas a la vía de la lucha de clases, y las teme porque sabe, por experiencia histórica, que la fuerza social del

proletariado puede convertirse en una formidable fuerza de choque a condición de que se haga completamente independiente de toda institución y aparato burgueses, a condición de que dé a su lucha el contenido de la defensa exclusiva de los intereses proletarios y de los métodos y medios de la lucha anticapitalista, por tanto de clase.

Los proletarios no tienen que defender una patria que no es la suya y por la que la burguesía los manda a masacrar en las guerras; no tienen que defender la empresa en la que trabajan como esclavos ni la economía nacional que alimenta exclusivamente los intereses capitalistas, como tampoco tienen que luchar contra proletarios de otras nacionalidades ni como inmigrantes ni, mucho menos, como «enemigos de la patria». Los principales enemigos son la burguesía nacional y las burguesías de todos los demás países. Y el único aliado es el proletariado de otros países.

El 1º de mayo, que los burgueses y colaboracionistas de todos los colores han convertido en un «día del trabajo», fue un día de lucha, de lucha anticapitalista, de lucha antiburguesa, y así debe volver a ser si los proletarios quieren quitarse el manto intoxicado de nacionalismo y colaboracionismo y ponerse las armas de su verdadera lucha de clases, la única que abrirá el camino a la revolución contra la sociedad de opresiones, de crisis económicas y sociales devastadoras, de guerras.

¡Lucha en defensa exclusiva de los intereses proletarios y por su organización independiente!

¡Los proletarios no tienen patria!

¡Los proletarios tienen un mundo que ganar!



Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:
<https://www.pcint.org>

La cuestión del salario

(viene de la pág. 1)

flicto con los intereses de los capitalistas. La lucha entre capitalistas y asalariados nace de este contraste, de un antagonismo real entre las dos clases principales de la sociedad, entre los productores de riqueza y los acaparadores de riqueza. La historia del movimiento obrero está repleta de episodios de lucha, ya sea a nivel de empresa, local, nacional o, más raramente, internacional. Esto demuestra que en los más de doscientos años de sociedad capitalista, si el desarrollo del capitalismo ha sido el motor del desarrollo económico y civil de la sociedad burguesa, el desarrollo de la lucha obrera ha sido el motor del desarrollo social y político de la clase obrera. El desarrollo histórico del capitalismo no es gradual, ni lineal, procediendo por saltos hacia adelante, recesiones, crisis, guerras; en algunos países, debido a las condiciones históricas, territoriales y ambientales, se ha desarrollado antes y en formas cada vez más progresivas, hasta el punto de imponer su poder económico y político a todos los demás países, forzando incluso en ellos un desarrollo económico y social capaz de acomodarse a las necesidades del mercado de los países más avanzados. Con el paso del tiempo, las desigualdades entre los países más desarrollados y los menos desarrollados no disminuyeron, sino que aumentaron a medida que el progreso económico y financiero de unos se hacía cada vez más inalcanzable para todos los demás, a pesar del desarrollo de estos últimos. Pero lo que se mantuvo constante en todos los países, más o menos desarrollados, fueron las relaciones burguesas

de producción y propiedad, y por tanto la relación entre capital y trabajo asalariado: una vez destruidos los viejos modos de producción y, por tanto, las viejas relaciones de producción y propiedad, los restos de las viejas clases dominantes preburguesas tuvieron que adaptarse -voluntaria o involuntariamente- a la nueva economía capitalista, a sus leyes, sus fluctuaciones, sus crisis. El mundo, así, se volvió totalmente burgués, totalmente sometido a las leyes del capital; todo se convirtió en mercancía, incluido el suelo y el subsuelo, y todo se transformó en una compraventa generalizada. Los proletarios de los países más desarrollados son tan *asalariados* como los proletarios de los países más atrasados; la diferencia entre ellos radica en que en los países industrializados más avanzados, donde el coste de la vida es inevitablemente más alto que en otros países, los salarios son más altos que los de los proletarios de los países menos desarrollados, pero siguen siendo salarios, percibidos por los proletarios exclusivamente contra su fuerza de trabajo empleada en empresas capitalistas, ya sean privadas o públicas.

La historia ha demostrado que la burguesía de los países más industrializados, mediante el robo sistemático de las riquezas de las colonias (tanto en productos de la naturaleza como en materias primas y fuerza de trabajo local), utilizó los enormes excedentes de esta superexplotación para pagar a los proletarios de su propia nación salarios más altos, atándolos así más estrechamente a las necesidades de beneficio de sus propias empresas. No es que los proletarios ingleses, franceses, norteamericanos, alemanes, etc. no lucharan por salarios más altos y mejores condiciones de trabajo, pero la política social de las respectivas burguesías contemplaba la posibilidad de satisfacer mejor las condiciones de existencia de sus proletarios; y es en esta vía que se desarrolló la política reformista, el sindicalismo, el oportunismo sindical y político, vinculando a los proletarios de los países más avanzados al carro de sus respectivas burguesías. Como han demostrado y demuestran las crisis económicas y financieras que han salpicado la historia del capitalismo, la mejora de las condiciones de existencia del proletariado en esos países no estaba destinada a durar eternamente, y mucho menos a entrar en un círculo virtuoso de mejora continua. En las crisis, la población destinada a sufrir más y a padecer las peores consecuencias ha sido siempre la población proletaria, tanto más si las crisis desembocaban luego en guerras. En la sociedad burguesa el destino del proletariado -mientras esta sociedad siga en pie- está sellado: la explotación de su fuerza de trabajo llega -como en las minas donde se ha extraído todo el mineral presente- hasta su total agotamiento, tras lo cual la fuerza de trabajo se convierte en una mercancía inutilizada, destinada a la marginación social extrema, al dumping social, o convertida en carne de cañón en las guerras burguesas.

Volviendo a los proletarios como hombres-mercancía, no son ellos quienes eligen su trabajo; su «elección» está guiada por el mercado de trabajo en el que las distintas empresas buscan la mano de obra que necesitan. Las condiciones de vida de todos los proletarios dependen, por tanto, de las necesidades de las empresas para cumplir sus objetivos de beneficio. La regla capitalista básica que sigue todo empresario es invertir el capital (propio o prestado) para rentabilizarlo al máximo, es decir, conseguir que el capital 100 invertido, al final del ciclo productivo se haya convertido en 110, 120, 150, 200 o más, según el sector de producción o distribución en el que se invierta y en función de las condiciones de mercado y competencia existentes. Para lograr este resultado, el capitalista, con los medios de producción que posee o que ha tomado a crédito, debe emplear un determinado número de trabajadores asalariados y con el trabajo de éstos pretende obtener el máximo beneficio con la mínima inversión.

Dicho así, la relación entre empresario y asalariado parece muy simple: el empresario pone el capital fijo (medios de producción, materias primas, edificios, equipos, etc.) y el capital variable (salarios) mientras que el asalariado pone su fuerza de trabajo, en pocas palabras, su mano de obra. La relación parece sencilla y conveniente para ambas partes. En el mercado se compran y venden mercancías de todo tipo. También se compra y se vende la mercancía fuerza de trabajo, cuyo valor depende de lo que la burguesía llama el juego de la oferta y la demanda: si la demanda es abundante pero la oferta no puede satisfacerla plenamente, la mercancía que se ofrece tiende a subir de precio; a la inversa, si la demanda es baja y la oferta abundante, la mercancía que se ofrece baja de precio. Todo esto parece bastante normal, porque en la sociedad capitalista todo es mercancía, todo se compra y se vende, todo depende del mercado «de referencia».

En el caso concreto de sus condiciones de existencia, los proletarios nacen en una sociedad dividida en clases, ya organizada en una clase dominante y una clase dominada. No hay «elección a priori». Si naces en el seno de una familia capitalista, serás capitalista, si naces en el seno de una familia proletaria, serás proletario; es decir, tus condiciones de vida dependen de una sociedad que ya está organizada sobre la base de la explotación del trabajo asalariado: si naces del lado de los explotadores gozarás de los privilegios que la sociedad capitalista les asigna, si del lado de los explotados estarás condenado a ser explotado y oprimido toda tu vida, a menos que te conviertas a tu vez en un explotador del trabajo ajeno como lo son los burgueses.

La sociedad burguesa técnica y socialmente desarrollada, al aumentar las especializaciones de la mano de obra, las necesidades de la población y los objetivos del mercado, tuvo que generalizar la educación de la población tra-

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

bajadora para que fuera capaz de aplicarse en maquinaria complicada y de seguir instrucciones disciplinadas sobre el uso de la maquinaria y los pasos de automatización en los ciclos de producción. Por lo tanto, además de los obreros, los proletarios destinados al trabajo, la burguesía capitalista necesita cada vez más obreros especializados, cada vez más formados técnicamente para utilizarlos en máquinas cada vez más complejas y capaces de automatizar toda una serie de pasos de trabajo que antes requerían muchos brazos y muchas cabezas.

Pero las innovaciones técnicas, aunque teóricamente implican menos esfuerzo laboral que en épocas anteriores, también implican el uso de menos mano de obra. Y este proceso de simplificación está destinado a desarrollarse cada vez más, por lo que las empresas (ya sean privadas o públicas) tendrán cada vez menos necesidad de trabajadores asalariados. Por supuesto, a medida que crece el mercado en los países industrializados más desarrollados, aumenta también el número de empresas y, por tanto, tiende a aumentar también la demanda de mano de obra. Pero la relación entre las empresas, aunque hayan aumentado en número, y las masas de trabajadores nunca se iguala: una parte importante de los trabajadores queda excluida desde el principio, ya sea como consecuencia de las crisis o de las innovaciones técnicas aplicadas a la producción y la distribución; de ahí que el desempleo no sólo sea una constante en la economía capitalista, sino que tienda a aumentar del mismo modo que la pobreza tiende a aumentar en los sectores más débiles del proletariado.

Toda empresa que se encuentre en tales condiciones, defendiendo sus objetivos de beneficios sobre los que pesan los costes de producción y, por tanto, también el número de asalariados empleados, sólo puede eliminar a una parte de sus asalariados o, alternativamente, transformar una parte de ellos - cada vez más consistente en el tiempo - en mano de obra precaria, estacional o de guardia, según el sector de productos al que pertenezcan las empresas.

¿Qué ocurre con los trabajadores despedidos o que dejan de ser indispensables de forma permanente para los ciclos de producción de las empresas? Inevitablemente, se les devuelve al «mercado de trabajo», donde su trabajo diario consistirá en encontrar un trabajo remunerado. Pero en el mercado de trabajo encontrarán a muchos otros proletarios que nunca han encontrado trabajo o que también lo han perdido y que, para trabajar -es decir, para llevar un salario a casa, única fuente de subsistencia en esta sociedad- están dispuestos a rebajar sus exigencias, a recibir un salario más bajo para su propia supervivencia y la de sus familias.

No en vano se llama mercado de trabajo; como en cualquier mercado, se aplica la ley de la competencia y si la competencia de la mercancía-fuerza de trabajo es alta, inexorablemente su precio baja. La guerra que los capitalistas

libran en los mercados donde introducen sus mercancías se traslada así al mercado de trabajo y la guerra ya no es entre capitalistas, sino entre asalariados.

La competencia entre proletarios no beneficia a los proletarios, sino sólo al capitalismo en general y a cada capitalista en particular, porque afecta directamente a su existencia cotidiana y a la organización de defensa inmediata que los proletarios han construido para defender sus intereses económicos inmediatos. La clase burguesa y la clase proletaria no compiten entre sí, están en guerra porque los intereses de una chocan frontalmente con los intereses de la otra: a la clase burguesa le interesa pagar lo menos posible por la mano de obra que emplea, a la clase proletaria le interesa cobrar más por su jornada de trabajo y que disminuya su esfuerzo laboral. Capital contra salario y salario contra capital: ésta es la síntesis de la sociedad capitalista.

Como escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto* de 1848: «*La creciente competencia de la burguesía entre sí y las crisis comerciales resultantes hacen que los salarios de los obreros sean cada vez más fluctuantes; el desarrollo incesante y cada vez más rápido del perfeccionamiento de las máquinas hace que toda su existencia sea cada vez más incierta; los choques entre el obrero individual y el burgués individual adquieren cada vez más el carácter de choques de dos clases. Los obreros empiezan por formar coaliciones contra la burguesía, y se unen para defender sus salarios. Incluso fundan asociaciones permanentes para abastecerse para esos eventuales levantamientos. Aquí y allá la lucha estalla en disturbios*».

Marx y Engels no hablan de la fluctuación de los «empleos», sino de la fluctuación de los salarios y de la incertidumbre de la existencia de los proletarios. Y esta referencia precisa a los salarios y a la existencia de proletarios es crucial porque da la visión de clase de que el proletario debe estar en el corazón de la relación burguesa de producción en la sociedad capitalista.

La economía mercantil se basa en el intercambio de mercancías regulado por medios de pago, es decir, por dinero; por tanto, si los proletarios, para vivir, se ven obligados a ir al mercado a por comida, ropa, medicinas, etc. -en definitiva, necesidades básicas- deben tener dinero para comprarlas. -en resumen, las necesidades básicas - deben tener dinero para comprarlas, y el dinero sólo puede provenir del salario que reciben por el trabajo que han dado al capitalista (privado o público). El salario no es sólo el precio de la fuerza de trabajo empleada en las empresas, es la certeza de su existencia. Si el salario disminuye o desaparece, la certeza de existencia del proletariado disminuye o desaparece.

El lugar de trabajo es donde el capitalista decide situar al trabajador en la cadena laboral en la que tiene que

desempeñar esa función concreta. Lo que le interesa al capitalista no es el lugar de trabajo del proletario, sino cómo explotar mejor su fuerza de trabajo. Dada la miríada de formas de explotación del trabajo asalariado, el lugar de trabajo puede permanecer fijo o variar de posición continuamente, dependiendo del tipo de trabajo a realizar y de si se hace en la fábrica o fuera de ella, en la calle, en el campo, en la montaña, en los medios de transporte, en la mina, o incluso en casa del trabajador.

EL VERDADERO CONFLICTO ENTRE BURGUESES Y PROLETARIOS ES POR LOS SALARIOS

En la jornada laboral de, digamos, 12 horas, siguiendo la intachable demostración de Marx de la extorsión de la plusvalía del trabajo asalariado, se suponía que el salario diario para cubrir los bienes de subsistencia correspondía a 6 horas de trabajo, mientras que las otras 6 horas eran prácticamente «regaladas» al patrón. En realidad, no se trata de una dádiva, porque en la negociación entre patrón y asalariado, resulta que el patrón paga con el salario una jornada entera de trabajo, no una parte de ella; y este sistema es válido en cualquier caso, sean las horas de trabajo diarias 12, 18, 8 ó 6. Así, el valor de la mercancía producida en el ciclo de producción que implica jornadas de 12 horas es un valor incrementado por la suma de los dos valores que contribuyen a la producción de la mercancía dada: el valor del capital fijo (maquinaria, materias primas, etc.) y el valor del capital variable (salarios). Si multiplicamos las 12 horas trabajadas al día por 26 días en un mes de 30 días, resulta un total de 312 horas. Pero los salarios sólo cubren la mitad, es decir, 156 horas. Por lo tanto, por cada proletario empleado 12 horas al día, el patrón desembolsa un capital-salario correspondiente a 6 horas diarias, mientras que el valor de las otras 6 horas se lo embolsa automáticamente: es la plusvalía de Marx, es decir, el tiempo de trabajo no remunerado. Se trata de una extorsión institucionalizada, defendida por cada patrón y por el Estado central con sus leyes y su policía. La extorsión de la plusvalía es el misterio desvelado de la valorización del capital; el capitalista pone el capital, no el trabajo; el trabajo lo pone el proletariado asalariado y es su trabajo el que produce toda la riqueza de la sociedad, riqueza de la que se apropia privadamente la burguesía capitalista.

Todo capitalista pretende defender los beneficios de sus empresas, así como aumentarlos. Para conseguir un aumento de los beneficios obliga a sus proletarios a trabajar más horas al día, o impone una disminución de los salarios, o reduce la mano de obra aumentando los ritmos de trabajo y las tareas de los proletarios que quedan trabajando, o combina todas estas medidas. Todo ello depende de las relaciones de fuerza establecidas entre la burguesía y el proletariado. Hoy es bien sabido que las organizaciones proletarias

(sigue en pág. 10)

La cuestión del salario

(viene de la pág. 9)

de defensa económica a las que se refiere el *Manifiesto* de 1848 han sido durante muchas décadas organizaciones colaboracionistas: en lugar de defender exclusivamente los intereses inmediatos de los proletarios, defienden la economía empresarial (y, por supuesto, la economía nacional), por lo que ingeniosamente encuentran mil resquicios legales y burocráticos para que los proletarios, en lugar de luchar con los métodos y medios de la lucha de clases (huelga hasta las últimas consecuencias sin límite de tiempo, piquetes contra los esquirols, manifestaciones de solidaridad de trabajadores de otras empresas, etc.), acepten las negociaciones con la patronal sobre la base de las necesidades primarias de la economía de la empresa de las que hacen depender la posibilidad o no de obtener algo para los trabajadores. Por lo tanto, los proletarios, en su conflicto con los capitalistas, también tienen que luchar contra sus «representantes» sindicales y políticos porque trabajan en beneficio de los capitalistas y no de los proletarios.

Además de la competencia entre proletarios, que aumenta con la explotación de las masas inmigradas legalmente (y más aún si llegan ilegalmente), la colaboración entre clases es la política que corta completamente las piernas a cualquier movimiento de lucha del proletariado. Rara vez la lucha obrera consigue la satisfacción de alguna reivindicación concreta, y si lo consigue es porque su lucha ha sido lo suficientemente dura y decidida como para inducir a la patronal a satisfacer alguna reivindicación, pero generalmente ha tenido que ceder en muchas otras reivindicaciones. Por otra parte, la experiencia enseña que la «victoria» lograda hoy, sobre todo con los métodos de negociación basados en la colaboración de clases, es una victoria pírrica y se convierte en derrota en poco tiempo, planteando a los proletarios el problema de luchar de nuevo contra el empeoramiento de sus condiciones de trabajo y de existencia. Este solo hecho demuestra que el sistema económico y social burgués es, en su conjunto, antagónico a las necesidades vitales de la mayoría de la población asalariada, empleada o desempleada, nativa o inmigrante, masculina o femenina, vieja o joven.

Pero la burguesía dominante está mucho más interesada en la paz social que en el conflicto social, porque con la paz social los capitalistas pueden dedicarse enteramente a sus propios asuntos; se han tomado muchas molestias tratando de mitigar los conflictos con los trabajadores, tratando de satisfacer en cierta medida sus demandas y tratando de amortiguar las situaciones más angustiosas y extremas con intervenciones públicas económicas y sociales o a través de las miles de organizaciones voluntarias creadas, en general, por

iniciativa de la propia burguesía y de la iglesia. Además, como saben los proletarios por experiencia directa, la burguesía ha utilizado todos los instrumentos a su alcance, ideológicos y materiales, para influir y dirigir las organizaciones sindicales y políticas del proletariado con fines de preservación social. Una labor que, en determinados periodos históricos, y después de haber tolerado la constitución de organizaciones proletarias, ha exigido incluso la violencia más brutal contra ellas, ya fueran democráticas o fascistas, por parte del poder burgués. La historia de las luchas de clases ha demostrado que las organizaciones proletarias independientes de defensa inmediata son vitales no sólo para la lucha de clases en el terreno inmediato, sino también para la lucha proletaria en el terreno político y revolucionario porque, cuando están influidas y dirigidas por el partido de clase (como lo estuvieron los soviets en Rusia y los sindicatos rojos miembros de la Internacional Sindical ligada a la Internacional Comunista) constituyen la más amplia red organizativa de las masas proletarias en el propio movimiento revolucionario. El peligro para la burguesía dominante no sólo lo representa el partido comunista revolucionario como futuro líder de la revolución proletaria, sino también los sindicatos de clase porque éstos, a diferencia del partido político proletario, organizan eficazmente a las amplias masas del proletariado que, influidas y dirigidas por el partido de clase, constituyen la fuerza social capaz de enterrar definitivamente a la burguesía y su sociedad para iniciar la formación de una sociedad que ponga en el centro las necesidades de la vida humana y no el mercado capitalista.

Con el fascismo, la burguesía, al no haber podido completar su obra de enjaular a los sindicatos obreros mediante el reformismo y los métodos socialdemócratas, pasó directamente a la destrucción de las organizaciones obreras inmediatas, en las ciudades y en el campo, y una vez golpeado a muerte el partido de clase (asesinando y encarcelando a sus dirigentes, incendiando sus imprentas y periódicos, destruyendo sus sedes), a sustituirlas por el sindicato fascista, único y obligatorio, para controlar directamente al proletariado por el Estado. La derrota militar del fascismo por las potencias imperialistas infractoras de la democracia no marcó automáticamente el renacimiento de las organizaciones de clase proletarias, el renacimiento de los sindicatos rojos; Al contrario, marcó el renacimiento de las organizaciones sindicales proletarias sobre la base de la colaboración de clases -que ya era la característica específica del fascismo-, utilizando la forma organizativa democrática (por tanto, no un sindicato único y obligatorio), falsamente independiente porque de hecho estaba incrustado en las instituciones burguesas; por eso los llamamos sindicatos *tricolores*, como tricolores eran los sindicatos fascistas. El proceso de integración de las organizaciones sindicales obreras en el Estado es un proceso irreversible. Contra el sindicalismo tricolor sólo puede ha-

ber un sindicalismo proletario independiente, de clase, *rojo*, por tomar prestado un nombre de los años 20 que distinguía a estos sindicatos obreros no sólo de los sindicatos amarillos (socialdemócratas) y blancos (cristiano-católicos), sino también de los sindicatos negros (fascistas).

La burguesía dominante está interesada sobre todo en un control social cada vez más estrecho de las masas proletarias, sabiendo que las desigualdades y la pobreza cada vez más extendidas en las capas inferiores del proletariado provocan rebeliones, levantamientos, insurrecciones que, si se basan en organizaciones proletarias independientes, pueden constituir un grave peligro para el poder político burgués. Este control social no tiene por objeto resolver las graves penurias en las que se hunden capas cada vez más amplias no sólo del proletariado, sino también de la pequeña burguesía; Por el contrario, está dirigido a impedir que de estas penurias sociales surjan laceraciones en las que los proletarios encuentren los motivos inmediatos para la ruptura de la paz social, la ruptura de la colaboración de clases, y se abran a la influencia de los comunistas revolucionarios que, conscientes de la necesaria explosión de las contradicciones económicas y sociales de la sociedad burguesa, se preparan para dirigir las rebeliones, la cólera social y los levantamientos hacia la revolución proletaria y comunista, única vía para resolver históricamente las contradicciones e injusticias de la sociedad capitalista.

Todas las sociedades divididas en clases que han existido hasta ahora se han basado, subrayaba el *Manifiesto* de 1848, «en el contraste entre clases de opresores y clases de oprimidos: pero para oprimir a una clase, hay que asegurarle condiciones dentro de las cuales pueda al menos llevar su vida de esclava. El siervo, trabajando en su condición de siervo, ha podido elevarse a miembro de la comuna, del mismo modo que el pequeño ciudadano, trabajando bajo el yugo del absolutismo feudal, ha podido elevarse a burgués. Pero el obrero moderno, en lugar de elevarse a medida que progresa la industria, cae cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase, el obrero se empobrece, y el pauperismo se desarrolla aún más rápidamente que la población y la riqueza». Esta situación ya estaba bien presente en 1848, cuando el capitalismo ya mostraba sus rasgos fundamentales que nunca cambiarían. Hoy, todas las declaraciones de los representantes del gobierno, de la iglesia, de los dirigentes sindicales, de las direcciones de los partidos, en todos los parlamentos y en todas las emisiones de televisión, no pueden dejar de subrayar que los principales problemas son el aumento de la pobreza absoluta, la precariedad y la incertidumbre cada vez más dramáticas de la vida, la falta de trabajo y la incapacidad de los salarios para hacer frente al aumento del coste de la vida. Han pasado 174 años desde las palabras del *Manifiesto*

de Marx y Engels, y la sociedad burguesa no ha resuelto ninguna de sus contradicciones. Es aún más evidente hoy, que a mediados del siglo XIX, que el burgués es incapaz de garantizar la existencia de su esclavo asalariado, «*porque se ve obligado a dejarle hundirse en una situación en la que, en lugar de ser alimentado por él, se ve obligado a alimentarle. La sociedad ya no puede vivir bajo la clase burguesa, es decir; la existencia de la clase burguesa ya no es compatible con la sociedad*».

¿Cómo salir de este colapso social, cómo superar la interminable espiral de crisis y guerras que caracteriza a la sociedad burguesa?

No hay muchas alternativas; sin duda la alternativa no está en una supuesta «nueva» democracia, ni en una autodenominada democracia «directa», como tampoco está en la solución reformista y socialdemócrata que históricamente, en lo que a los intereses exclusivos del proletariado se refiere, ha fracasado reiteradamente. Tampoco está en la solución anarquista que querría destruir todas las *formas organizadas de poder* para dar rienda suelta a la presunta libertad personal de cada individuo, recayendo así en el más gastado mito del individuo tan caro a la ideología burguesa. Pero tampoco cae en ese extremismo palabrero que niega al proletariado la organización de masas en el plano de la defensa inmediata -en una palabra, el sindicato obrero- pretexto de que esta organización es presa de la integración completa en el Estado, señalando en cambio la lucha política inmediata por la conquista del poder político como única vía, a través de cuya lucha el propio proletariado tomaría conciencia de su fuerza y de sus tareas históricas revolucionarias. Esta mezcla de ilusionismo e inmediatismo, disfrazada de revolucionarismo, perjudica al proletariado tanto como el autodenominado sindicalismo revolucionario.

La alternativa a la que se enfrenta el proletariado no ha cambiado en lo fundamental desde hace cien años: su reorganización independiente en el terreno inmediato de la defensa económica es la base de su futura lucha política, no porque la lucha económica, en algún momento de la confrontación de clases, evolucione automáticamente hacia la lucha política por la conquista del poder, sino porque -como sostenía Lenin- es en el terreno de la defensa económica donde el proletariado se entrena para la guerra de clases, adquiriendo experiencia directa en el enfrentamiento con la patronal y el Estado que defiende sus intereses inmediatos y futuros, y abriéndose a la influencia del partido comunista revolucionario que, como representante en la actualidad de los objetivos de clase del proletariado del mañana, importa a la lucha proletaria inmediata las orientaciones generales e internacionales de la lucha revolucionaria a la que inconscientemente se entrega históricamente el proletariado moderno.

El proceso de maduración de los factores sociales objetivos que generan la reanudación de la lucha de clases es un proceso histórico que no puede ser iniciado por la voluntad política ni del partido de clase ni, menos aún, de las masas proletarias. Pero entre esos factores objetivos se encuentra también parte de la reorganización independiente del proletariado que, como agente de la lucha defensiva inmediata, va a incidir en las relaciones sociales de poder contribuyendo a la polarización social necesaria para el proceso revolucionario sobre el que intervendrá de forma decisiva la acción del partido de clase como dirigente efectivo y reconocido del movimiento revolucionario del proletariado.

Para que los proletarios de diferentes compañías, de diferentes edades, de diferentes nacionalidades reconozcan sus intereses como intereses comunes, la lucha en el terreno inmediato debe llevarse a cabo con los métodos y medios de la lucha de clases, es decir, en defensa exclusiva de los intereses proletarios contra todos los demás intereses de preservación social.

Y la lucha por el salario es la que mejor tiende a unir a las fuerzas proletarias por encima de las divisiones organizadas y alimentadas a propósito por la patronal, los oportunistas y el Estado. Una lucha no sólo por el aumento de los salarios, sino por el salario que deben percibir tanto los proletarios asalariados como los desempleados, y por el mismo salario tanto para los hombres como para las mujeres, tanto para los trabajadores nativos como para los inmigrantes. Sólo el capitalista, el propietario, privado o público, da el trabajo; por lo tanto, los proletarios empleados tienen «derecho» a un salario.

Pero los proletarios que están en paro porque les han despedido y no encuentran empleo, ¿de qué viven? ¿De limosnas llamadas paro? ¿Y durante cuánto tiempo? Hoy el nuevo gobierno ha inventado una nueva categoría de proletarios: ¡los *empleables!* Cambiar el nombre de los parados, llamándolos empleables, no resolverá ningún problema; sólo hará recaer sobre los hombros de los parados la culpa de no encontrar trabajo, ese trabajo que sólo los capitalistas pueden dar y que no han dado a todo el mundo desde los tiempos de antaño. (1)

El desempleo es parte integrante del mercado de trabajo, parte integrante de la división de clases de la sociedad. Así como el capitalismo no puede prescindir del proletariado para explotarlo en los ciclos de producción y distribución, tampoco puede prescindir del ejército de reserva de los parados porque «*el trabajo asalariado*», como subraya el *Manifiesto de 1848*, «*descansa exclusivamente en la competencia de los obreros entre sí*»; y no cabe duda de que la masa de los parados presiona inevitablemente a la masa de los empleados por un salario no sólo de trabajo, sino también inferior al que perciben los ya empleados. La competencia entre proletarios tiende a hacer bajar los salarios tanto de los ya empleados como de los nuevos empleados; si además, como ocurre des-

de hace algunas décadas, la oferta de mano de obra por parte de las empresas se realiza según criterios de mayor flexibilidad, mayor productividad, estacionalidad, en definitiva según la precariedad generalizada, la competencia entre proletarios aumenta desproporcionadamente y todo ello en detrimento de toda la clase proletaria.

Por eso, la lucha por el salario se convierte en la lucha central de todos los proletarios, independientemente del sector mercantil, de la categoría a la que pertenezcan o del nivel de educación y especialización que tengan. Es mucho más fácil que los empleados de hoy se conviertan en los desempleados de mañana, que viceversa, porque el desarrollo del capitalismo no sólo produce internacionalmente masas cada vez mayores de proletarios, sino que también produce masas cada vez mayores de desempleados, de desesperados, de pobres, de fuerza de trabajo desperdiciada y desechada.

El proletariado de hoy sigue sucumbiendo a las ilusiones que la sociedad burguesa produce continuamente, sobre la democracia, la prosperidad, la paz, la coexistencia pacífica de los pueblos, etcétera. Pero la realidad actual demuestra que el futuro para el proletariado no es mejor, porque vendrán otras crisis y otras guerras mucho mayores que las actuales, hasta llegar a la guerra imperialista mundial en la que el destino que la burguesía de cada país prepara para su proletariado es convertirlo en carne de matadero. El proletariado, aunque hoy no lo parezca, tiene en sus manos su destino histórico; serán las condiciones objetivas de esta sociedad podrida las que lo impulsen al escenario mundial y a él le corresponderá organizarse para la única desviación del curso histórico que tiene sentido para él y para toda la humanidad: la de la lucha revolucionaria.

NOTAS:

(1) El equivalente en España a esta categoría laboral italiana sería el trabajador fijo-discontinuo cuya existencia se ha generalizado con la reforma laboral de PSOE-Podemos y que se caracteriza por alternar el desempleo con el empleo -como hasta ahora- pero sin perder el vínculo con la empresa contratante. Un nuevo tipo de contrato que esconde el desempleo de siempre y cuyas verdaderas consecuencias se dejarán ver en una próxima crisis que vuelva a llenar las colas del INEM.

Correspondencia :

Para España : Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, 15 Cours du Palais, 07000 Privas

Para Suiza : Escribid a la dirección de Francia

Ucrania , ¿Corea del siglo XXI?

(Publicado en «*El Comunista*»; nº 176 ; enero-febrero 2022)

En julio de 1950, cuando estalló la Guerra de Corea, escribimos:

«En la historia de esta posguerra, que la demagogia pirática de las potencias vencedoras había anunciado como portadora de paz, prosperidad e igualdad, el conflicto que estalló en Corea no es nada nuevo. En Alemania, en Grecia, en China, en Indonesia, en Vietnam, en Malasia, la paz democrática no fue en realidad más que la prolongación de una guerra en la que los protagonistas apenas cambiaban de vez en cuando. Tampoco podría haber sido de otro modo. En abrumadora confirmación del marxismo, los hechos están ahí para demostrar que la guerra no está ligada a la existencia de determinados regímenes políticos o a los supuestos instintos belicosos de los pueblos o razas, sino a las inexorables leyes de desarrollo del capitalismo.»

«Ante el nuevo episodio de la ofensiva internacional del imperialismo y la propaganda falsificadora y envenenadora que ambos bandos llevan a cabo entre las masas trabajadoras, la posición del marxismo revolucionario debe reafirmarse con absoluta firmeza.»

«El conflicto actual, por muy localizado que esté geográficamente, es de naturaleza puramente internacional. Como en los episodios bélicos anteriores de la 'paz democrática', el choque no es entre fuerzas nacionales opuestas, sino entre los dos centros mundiales del imperialismo, América y Rusia, frente a los cuales las naciones más pequeñas no son más que peones miserables e impotentes. Falsa es, pues, la palabra guerra de independencia, de liberación, de unidad nacional» (1).

El actual conflicto en Ucrania, más de setenta años después, tiene las mismas características fundamentales que la Guerra de Corea de 1950: es de naturaleza puramente internacional y enfrenta por enésima vez a dos centros mundiales del imperialismo, Estados Unidos y Rusia (entonces llamada URSS). Pero los setenta y tres años que nos separan de la Guerra de Corea y los setenta y ocho que nos separan del final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial -cuando la demagogia pirata de las potencias vencedoras había anunciado que traería la paz, la prosperidad y la igualdad- fueron, en realidad, años de tensiones y guerras internacionales, años en los que se demostró que las posiciones del auténtico marxismo sobre el imperialismo y el desarrollo de sus contradicciones y contrastes eran correctas.

Durante décadas, los enfrentamientos interimperialistas han provocado guerras, aumentando las masacres y la destrucción mediante el desarrollo de la tecnología armamentística, en todos los continentes excepto en Europa y Norteamérica. En Europa, el condominio ruso-estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial «resolvió» el reparto de Alema-

nia, dividiéndola en dos bajo la ocupación militar de una y otra parte, y una vez superados los desacuerdos sobre la bisagra constituida por los países de Europa Oriental -Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria-, transformándolos en satélites de Moscú, mientras que los países de Europa Occidental, ávidos de inversiones por el dólar, se transformaron en satélites de Washington; en Europa, decíamos, durante décadas estuvo «garantizada» la transición de la guerra imperialista a la paz imperialista, es decir, a ese período de tiempo en el que las fuerzas imperialistas más importantes, además de reforzar su dominio sobre los mayores territorios económicos posibles (y no sólo territorios agrarios, como afirmaba Kautsky, sino también territorios y países altamente industriales, como afirmaba Lenin), se preparaban para los conflictos posteriores. Lo mismo para Japón, potencia líder en la oposición a EEUU en el Pacífico, pero que acabó estrellándose bajo las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki y convertido también en satélite de Washington. La Segunda Guerra Imperialista Mundial decretó el declive ya irreversible de Gran Bretaña como «señora del mundo» en beneficio de los Estados Unidos de América, reduciendo a los propios países capitalistas avanzados a «colonias» de Washington o Moscú. ¿Cuánto puede durar esta situación? ¿Y cómo podría cambiarse esta situación? La respuesta para los marxistas es siempre la que dio Lenin: en primer lugar, el reparto del mundo entre las potencias mundiales merodeadoras y superejércitos (en la época de la primera guerra imperialista mundial fueron Inglaterra, Estados Unidos, Japón; en la época de la segunda guerra imperialista mundial fueron estos mismos más Alemania y Rusia), implica en la guerra, por el reparto del botín, a los países de todo el mundo (2); pero, ante el hecho de que la tierra ya está repartida, los más fuertes merodeadores imperialistas se ven objetivamente obligados «a extender sus manos sobre países de todo tipo», incluso «sobre países altamente industrializados», no sólo y no tanto en beneficio propio, sino para «debilitar al adversario» y «socavar su hegemonía» (3). Imperialismo significa capitalismo desarrollado en un sentido monopolista, en el que no es el capital industrial, comercial o agrario el que predomina, sino el capital financiero, y es el capital financiero (estadounidense, británico, alemán, japonés, francés y, hoy, chino) el que se reparte el mundo según las relaciones de fuerza en el período dado, relaciones de fuerza que se modifican mediante enfrentamientos y guerras, por tanto no pacíficas, porque los enfrentamientos entre los trusts, los cárteles internacionales y

los polos imperialistas no atenúan, al contrario, «agudizan cada vez más las diferencias en la velocidad de desarrollo de los diversos elementos de la economía mundial». Pero en cuanto se altera la relación de fuerzas, ¿cómo resolver los enfrentamientos en un régimen capitalista si no es por la fuerza?» (4).

Las masas trabajadoras de Europa y América, reducidas por los esfuerzos combinados de la contrarrevolución burguesa y estalinista a carne de cañón para fines imperialistas, totalmente subyugadas a los intereses chovinistas de cada potencia burguesa e imperialista, no podían representar la alternativa revolucionaria a las guerras burguesas, la única alternativa histórica que tenía y tiene algún significado. Enterrada bajo la gigantesca falsificación estalinista estaba la consigna leninista: transformación de la guerra imperialista en guerra civil, en revolución proletaria, pero es falsificada con las consignas apoyo y guerra de todos los nacionalismos contra los nacionalismos enemigos, apoyo y guerra en defensa de la democracia contra el fascismo, apoyo y guerra en defensa de la patria, en defensa de la soberanía nacional, sabiendo perfectamente que, más allá de las formas externas de una democracia que ya no tenía nada de liberal, el fascismo y la democracia postfascista no eran más que dos regímenes basados en el mismo totalitarismo capitalista.

Esto dio tiempo a que Europa, cuna histórica del capitalismo, renaciera a una nueva vida para volver a representar un polo económico importante en el mercado internacional, necesario tanto para Washington como para Moscú. Las decenas de millones de muertos en todos los frentes de guerra y bajo los bombardeos aéreos en todas las ciudades europeas habían servido para insuflar nueva vida al capitalismo y, para la ocasión, los poderes políticos de los imperialismos occidentales vencedores, autodenominados demócratas, querían que fuera considerado como el non plus ultra de la paz en lo que se llamó el «mundo libre», propagandísticamente opuesto al competidor y autodenominado «mundo socialista». Mientras que en Europa, una vez terminadas las disputas sobre la partición de Alemania, callaban las armas, en el resto del mundo, los antiguos imperialismos aliados contra las potencias del Eje se enfrentaban armados hasta los dientes, directa e indirectamente, empezando, como mencionaba el artículo de 1950, por China, Indonesia, Vietnam y Malasia.

La guerra de Corea, escribimos en 1950, «no fue, por tanto, una guerra de pacificación, sino un paso hacia nuevas guerras». Y, de hecho, las guerras nunca terminaron. Estos hechos de-

muestran que el capitalismo no puede vivir, como modo de producción y, por tanto, como sociedad, y no puede superar sus inevitables crisis, sin que la clase burguesa dominante continúe su política exterior por otros medios, desde los de la diplomacia, la inversión, los acuerdos económicos y políticos, es decir, por medios militares; por tanto, haciendo la guerra.

«Para el viejo capitalismo, bajo el pleno dominio de la libre competencia (reitera Lenin en su 'Imperialismo'), la exportación de mercancías era característica; para el capitalismo más reciente, bajo el dominio de los monopolios, la exportación de capital se ha convertido en característica. (...) Al filo del siglo XX encontramos la formación de nuevos tipos de monopolios; en primer lugar las uniones monopolistas de capitalistas en todos los países con capitalismo avanzado, en segundo lugar la posición monopolista de los pocos países más ricos, en los que la acumulación de capital ha alcanzado dimensiones gigantescas. Esto dio lugar a un enorme excedente de capital en los países más avanzados.

«Indudablemente, si el capitalismo fuera capaz de desarrollar la agricultura, que en la actualidad está en todas partes muy atrasada con respecto a la industria, y fuera capaz de elevar el nivel de vida de las masas populares que, a pesar de los vertiginosos progresos técnicos, viven en todas partes en la miseria y casi en el hambre, no se podría hablar de excedente de capital. (...) Pero entonces el capitalismo ya no sería capitalismo, porque tanto la desigualdad de desarrollo como el estado de semi-nación de las masas son condiciones y premisas esenciales e inevitables de este sistema de producción. Mientras el capitalismo siga siendo tal, el excedente de capital no se utilizará para elevar el nivel de vida de las masas en el país respectivo, porque ello implicaría una disminución de los beneficios de los capitalistas, sino para elevar estos beneficios mediante la exportación al extranjero, a los países menos desarrollados. En estos últimos el beneficio es normalmente muy alto, porque hay poco capital, la tierra es relativamente barata, los salarios bajos y las materias primas baratas. La posibilidad de la exportación de capital está garantizada por el hecho de que una serie de países atrasados ya se encuentran en la órbita del capitalismo mundial. (...) La exportación de capital influye en el desarrollo del capitalismo en los países hacia los que fluye, acelerando este desarrollo. Así, si esta exportación, hasta cierto punto, puede provocar un estancamiento del desarrollo en los países exportadores, no puede dejar de dar lugar a una evolución más elevada e intensa del capitalismo en todo el mundo» (5).

El capital financiero, por lo tanto, sólo ha conducido, a diferentes velocidades, a los países atrasados a vincularse cada vez más a los países más industrializados y a los países exportadores de capital, como escribió Lenin, a una partición continua del mundo propiamente dicho.

Pero la misma partición del mundo, que tuvo lugar en un período histórico dado, por ejemplo entre los vencedores en la Segunda Guerra Imperialista Mundial, «no excluye la posi-

bilidad de una nueva partición, tan pronto como la relación de fuerzas haya cambiado como resultado de un desarrollo desigual a través de guerras, choques, etc.» y «un ejemplo instructivo de tal partición y de las luchas que provoca lo ofrece la industria del petróleo» (6). Ya en 1916 Lenin pudo reconocer en el mercado mundial del petróleo la lucha que los propios medios burgueses llamaban la lucha por el reparto del mundo. ¿Y qué era y qué es todavía hoy la lucha por el petróleo, y por todas las demás materias primas indispensables para la industria capitalista, desde la menos avanzada hasta la más avanzada -carbón, gas, cobre, hierro, litio, tierras raras, uranio, etc.- sino la lucha por el reparto del mundo? Una lucha que no puede dejar de lado la marina mercante, absolutamente vital para el transporte de materias primas, y el sector de las comunicaciones, a su vez vital para el comercio, la compra y venta, y el sector agrícola, sectores todos ellos en los que se dan las mayores concentraciones económicas y financieras. Para el capital financiero, nos recuerda Lenin, «no sólo son importantes las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también las que aún pueden estar por descubrir, ya que en nuestros días la tecnología avanza vertiginosamente y las tierras que hoy son inutilizables mañana pueden ser puestas en explotación, tan pronto como se hayan encontrado nuevos métodos y tan pronto como se haya empleado un capital más fuerte» (7). Y, de hecho, en las últimas décadas se han producido numerosos «descubrimientos» de nuevos yacimientos de gas, petróleo, tierras raras, etc., generando, cuando los descubrimientos se producen en zonas marítimas o terrestres disputadas entre distintas potencias (como, por ejemplo, los últimos descubrimientos en el Mediterráneo oriental, en torno a Chipre), disputas que serán la base de futuros enfrentamientos armados.

El reparto del mundo tiene lugar sobre la base de la fuerza económica y financiera de los países imperialistas más poderosos, y es el propio desarrollo del capitalismo, como recordaba Lenin, el que tiende a desarrollar la economía, incluida la financiera, en los países menos avanzados; hasta tal punto que en un momento dado surgen nuevas fuerzas, nuevas potencias, en el mercado internacional. Este fue el caso, en su momento, de América del Norte, gracias sobre todo a Inglaterra, Francia y también Alemania; lo fue posteriormente de Rusia y, más recientemente, de China, hasta el punto de que los contrastes interimperialistas que han desplazado periódicamente su teatro decisivo de África a América Latina, de Asia a Europa, han aumentado en progresión geométrica.

EUROPA, DE DUEÑA DEL MUNDO A TIERRA DE CONQUISTA

A diferencia de Estados Unidos, Rusia y China, que son países basa-

dos en unidades estatales fuertes e históricas, Europa se compone de múltiples unidades estatales, todas ellas avanzadas en términos capitalistas, cada una con su propio pasado imperial y colonialista, y cada una expresando concentraciones económico-financieras de primera magnitud, como para representar hoy -en la estela de la competencia global y de las consecuencias de las dos guerras imperialistas mundiales con su descomunal destrucción de capital fijo y variable- un potencial tercer polo imperialista mundial comparado sobre todo con Estados Unidos y China, pero, al mismo tiempo, una concentración explosiva de contradicciones capitalistas y contrastes interimperialistas. Por esta razón, Europa no sólo fue la cuna del capitalismo mundial, sino también la cuna de la revolución proletaria mundial.

Por otra parte, es siempre la competencia mundial la que, al final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial y frente a la agresión contra Europa llevada a cabo por la que la misma guerra decretó como primera potencia imperialista del mundo, los Estados Unidos de América, ha empujado a los países europeos más importantes a constituir a lo largo del tiempo, diversas asociaciones económicas para coordinar más eficazmente sus fuentes de energía y sus diferentes actividades económicas, empezando por la CECA (carbón y acero) y el EURATOM (energía atómica) para desarrollar después, con la adhesión de cada vez más países, la CAM, la CEE y, finalmente, la Unión Europea. Por supuesto, nunca han faltado contrastes y tensiones entre los propios países europeos, sobre todo en la medida en que había que abordar las cuestiones políticas y de política exterior de cada país; pero la marcha hacia un «mercado común», dentro de los contrastes siempre interimperialistas también en el frente monetario, condujo en 1999 a la adopción de la moneda única -el euro-, que entró en funcionamiento práctico en 2002, convirtiéndose en una de las monedas de referencia en el mercado internacional, pero sin la fuerza disruptiva que sería necesaria para sustituir a la moneda internacional por excelencia, el dólar estadounidense. Por muchas alianzas y acuerdos que puedan forjarse entre los Estados miembros de la UE, y por mucho que los europeístas apoyen idealmente la tendencia a crear los «Estados Unidos de Europa» para enfrentarlos como polo imperialista unitario a los Estados Unidos de América, China y la propia Rusia, la lucha entre los diferentes polos imperialistas por el reparto del mundo nunca borrará la oposición entre la libre competencia -que es el elemento esencial del capitalismo y de la producción mercantil en general (Lenin, *El imperialismo*)- y el monopolio -que es la contrapartida directa de la libre competencia. En el proce-

(sigue en pág. 14)

Ucrania, ¿Corea del Siglo XXI?

(viene de la pág. 13)

so de desarrollo del capitalismo, señala Lenin, es precisamente «la libre competencia la que comenzó, ante nuestros propios ojos, a transformarse en monopolio, creando la gran producción, eliminando la pequeña industria, sustituyendo las grandes fábricas por otras aún más grandes, y llevando la concentración de la producción y del capital tan lejos, que de ella surgió y sigue surgiendo el monopolio, es decir, cárteles, sindicatos, trusts, fusionados con el capital de un pequeño grupo, de una docena de bancos que maniobran miles de millones. Al mismo tiempo, los monopolios, surgidos de la libre competencia, no la eliminan, sino que coexisten, dando lugar así a una serie de duras y repentinas contradicciones, fricciones y conflictos» (8). La competencia, en el desarrollo del capitalismo, se ha elevado al nivel de monopolios, trust, cárteles y, por tanto, una vez más, entre Estados.

Del mismo modo que las grandes fábricas y la producción a gran escala cada vez más concentrada de mercancías y capital nunca eliminarán, mientras exista el capitalismo, la pequeña producción y el capital más pequeño, la tendencia a unir diferentes países de la misma zona geopolítica en entidades políticas más grandes nunca eliminará -mientras siga existiendo la sociedad burguesa- la competencia entre diferentes países y, por tanto, la fuente de las amargas y repentinas contradicciones, fricciones y conflictos que caracterizan la vida del capitalismo incluso en su fase imperialista. Por otra parte, ¿no demuestran las crisis económicas y financieras que jalonan el curso del desarrollo del capitalismo lo que el marxismo ha sostenido desde sus orígenes (Manifiesto del Partido Comunista, 1848), a saber, que en las crisis periódicas de sobreproducción (de mercancías y de capital) «no sólo se destruye regularmente una gran parte de los productos obtenidos, sino incluso una gran parte de las fuerzas productivas ya creadas»? (9), generando la situación en la que «la sociedad se encuentra de repente reducida a un estado de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra general de exterminio parecen haber cortado sus medios de subsistencia; la industria, el comercio parecen haber sido destruidos». Otro ejemplo concreto lo tenemos hoy ante nuestros ojos: Ucrania, país europeo en el que, durante la última década, se han concentrado los contrastes interimperialistas que ya estaban en marcha desde su desvinculación de la URSS tras el derribo del imperio moscovita, y que ha sido el centro de una lucha entre los polos imperialistas de Moscú y Washington encaminada, el primero, a someterlo de nuevo a su dominio y, el segundo, a conquistar un país altamente industrializado para reforzar su

poder en Europa y, por ende, en el mundo; una lucha económica y política que, en un momento dado, sólo podía desembocar inevitablemente en una guerra. Una vez más, los imperialismos europeo y estadounidense tienden a someter a un país industrializado a su influencia y dominación directas y, al mismo tiempo, a debilitar al imperialismo ruso contra el que luchan y hacen luchar -por delegación- a los ucranianos.

UCRANIA, PUNTO DE INFLEXIÓN EN LAS RELACIONES DE FUERZA ENTRE LOS POLOS IMPERIALISTAS

A diferencia de Corea en 1950, Ucrania 1991 y mucho más Ucrania 2022, es un país industrializado, rico en materias primas (carbón, hierro, manganeso, magnesita, rutilo, uranio, etc.) y entre los principales productores mundiales de trigo, maíz, avena, cebada, centeno, mijo, etc.; un país con más de 40 millones de habitantes y una población activa de más de 20 millones, por tanto con una mano de obra instruida y preparada para ser utilizada en las ramas industriales más importantes (siderurgia, química, nuclear, ingeniería, infraestructuras, informática, etc.). Un país con estas características, y con su posición estratégica en la bisagra que separa Europa Occidental de la Rusia euroasiática y, en cierta medida, de Oriente Medio, es un objetivo estratégico de primera importancia; y es la propia historia de esta tierra la que lo confirma, dado que fue disputada a lo largo de los siglos por el Reino de Polonia al Imperio Otomano, por los cosacos al Imperio Zarista, hasta que, tras la revolución rusa de 1917, se constituyó en República Socialista Soviética en 1922, flanqueando a la República Socialista Soviética Rusa en esa trayectoria revolucionaria proyectada para luchar contra el capitalismo bajo todos los auspicios; luego siguió siendo, bajo los regímenes estalinista y post-estalinista, hasta 1991, una de las 15 repúblicas que constituían la URSS.

El enfrentamiento entre Washington y Moscú en Corea en 1950 tuvo lugar no a través de una confrontación directa entre los ejércitos de Rusia y Estados Unidos, sino a través del pueblo de Corea del Norte, apoyado por los rusos, y el de Corea del Sur, apoyado por los estadounidenses; de hecho, la principal carne de cañón que libró la guerra por poderes y sufrió todos los horrores y las peores consecuencias de la guerra moderna no era ni rusa ni estadounidense, aunque los estadounidenses estaban presentes en Corea del Sur, sino coreana. Esto preparó la ocupación militar de las dos Coreas, una vez terminada la guerra y dividida la península coreana en dos, la parte estadounidense en el sur, la parte rusa en el norte. En Corea, como en todos los demás países, el proletariado estaba bajo la gran influencia, por una parte, del falso socialismo ruso de marca estalinista y, por otra, de la falsa democracia liberal de mar-

ca norteamericana; ni el proletariado coreano, ni el proletariado ruso o norteamericano, tenían fuerzas para oponer su lucha de clase a esta enésima masacre imperialista. Aunque han pasado más de siete décadas desde 1950, hoy en Ucrania asistimos a otra masacre imperialista más, con características similares, pero al revés, ya que los norteamericanos, y sus aliados europeos, no están presentes con sus ejércitos, pero sí con considerables cantidades de capital y armamento, y esta vez es el imperialismo ruso el que ha movilizad directamente a sus fuerzas armadas -y no podía ser de otra manera, ya que los prorrusos del Donbass, tras ocho años de lucha contra el ejército de Kiev, no tenían ninguna posibilidad de victoria. La propia posición geográfica de Ucrania y de las zonas ucranianas con fuerte presencia étnica rusa (Crimea y Donbass, precisamente), y el riesgo más que concreto de que los misiles de la OTAN se situaran en sus fronteras, empujaron al imperialismo ruso a arriesgarse a la invasión. Una invasión que no ha hecho más que sorprender a los preclaros periodistas que alardean continuamente de los «valores» de la democracia occidental, cuando no «universales», de la «paz» y de la «civilización», justificando sistemáticamente las guerras y los horrores que la democracia occidental siempre ha repartido y sigue repartiendo en el mundo desde las guerras de conquista colonial en adelante.

Corea también tiene una gran importancia en Extremo Oriente desde un punto de vista estratégico general. Situada frente a Japón, a poco más de 200 km, es una importante base tanto ofensiva como defensiva. Tras la guerra de 1905 entre Rusia y Japón, ganada por Japón, Corea sufrió la más despiadada dominación y opresión japonesa hasta el final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial. Una vez ganado Japón, los dos mayores imperialismos directamente interesados en esa zona, Estados Unidos y Rusia, no pudieron evitar enfrentarse, el uno para extender su control desde Japón al continente -la península coreana en primer lugar- (y luego vendría Indochina), y el otro para impedir -gracias también a la alianza con la China de Mao- que Estados Unidos extendiera su dominio cerca de sus propias fronteras terrestres. Lo que Rusia lleva más de dos décadas tratando de impedir es que Estados Unidos y sus vasallos europeos añadan Ucrania a sus conquistas a lo largo de su frontera occidental, los Estados bálticos y Finlandia.

Se dijo, ante la guerra de Corea, que el mundo estaba al borde de una tercera guerra mundial que enfrentaría a Rusia-China contra EEUU-Inglaterra-Francia, el llamado «campo socialista» contra el «capitalismo». No eran «campos» diferentes, uno revolucionario y el otro conservador y reaccionario: eran dos campos, dos bloques imperialistas armados el uno contra el otro. En realidad, como siempre hemos sostenido y demostrado ampliamente

te, Rusia y China representaban un capitalismo en pleno impulso progresista y, desde el punto de vista económico, ciertamente revolucionario en comparación con el atraso del que salieron gracias a dos revoluciones: la revolución proletaria de octubre de 1917 en Rusia, que abrió el curso revolucionario comunista en todo el mundo a pesar de que Rusia se enfrentaba económicamente al desarrollo más acelerado posible en un sentido capitalista (es bien conocido el objetivo de Lenin de un capitalismo de Estado que la dictadura proletaria controlaría y dirigiría a la espera de la revolución proletaria victoriosa en los países capitalistas avanzados, como Alemania, gracias a la cual se aceleraría el propio desarrollo económico de Rusia), un curso revolucionario que, sin embargo, fue detenido y derrotado por la contrarrevolución estalinista; y la revolución democrático-burguesa china de 1949, dirigida por los maoístas, que no tuvo nada en común con el Octubre Rojo, pero que llevó a China del atraso económico milenarista y la subyugación colonial a la independencia política y el capitalismo moderno sin pasar por una experiencia revolucionaria similar a la rusa de 1917, dada la derrota del movimiento proletario chino de 1925-1927 debida también, sobre todo, a la labor contrarrevolucionaria del estalinismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo de Washington había aplicado una política exterior hacia los países asiáticos evidentemente muy miope; estos países estaban históricamente impulsados a librarse de la opresión colonialista de Inglaterra, Francia, Holanda y no estaban dispuestos a someterse a un nuevo colonialismo a la americana: el apoyo a las facciones más retrógradas, latifundistas y agrarias de Corea, Indochina, Indonesia, Malasia, etc., había enemistado a las clases industriales burguesas, pequeñoburguesas y proletarias que, en cambio, eran apoyadas por la Rusia estalinista en pleno progreso económico industrial. Y este hecho jugó a favor del imperialismo ruso en Extremo Oriente durante tres décadas, al menos hasta los años 70, hasta la victoria vietnamita sobre EEUU. La Rusia estalinista y post-estalinista, en su función imperialista en Europa, compartía con Estados Unidos el interés primordial de mantener a raya al proletariado europeo y, sobre todo, a Alemania, siempre peligrosa aunque derrotada, mientras que sus intervenciones, sobre todo político-militares, en las diversas zonas del mundo sometidas al terremoto social de las luchas anticoloniales tenían como objetivo impedir que Estados Unidos extendiera su dominación imperialista incluso en Asia y África.

Como escribimos en 1957: «Ciertamente existe una amarga rivalidad entre los dos gigantes [Estados Unidos y la URSS, ed.]. (...) Además, toda la política rusa en Europa se basa permanentemente en el chantaje que

Moscú intenta hacer a Estados Unidos, que para llevar a cabo sus planes de hegemonía mundial necesita la ayuda rusa. Y precisamente necesitan el poder terrestre ruso, que mantiene a las viejas potencias europeas occidentales en un estado de inferioridad irreparable y las obliga a refugiarse en el Pacto Atlántico, lo mismo que a someterse al superestado norteamericano» (10). Aparte del hecho de que la URSS ya no existe y de que su implosión entre 1989 y 1991 redujo inevitablemente las ambiciones imperialistas de Rusia a zonas mucho más pequeñas que aquellas en las que retrocedía durante los treinta años anteriores, el poder terrestre ruso sigue desempeñando hoy el mismo papel que entonces: obliga a las viejas potencias de Europa Occidental a buscar refugio en la OTAN, es decir, bajo las alas de Estados Unidos.

Pero, por muy reducidas que sean sus ambiciones, el imperialismo ruso no puede sino responder a las mismas leyes que el imperialismo, como fase de máxima concentración capitalista totalitaria y monopolista, sigue objetivamente a escala mundial: utilizar cualquier medio económico, político, ideológico, social y militar con el fin de reforzar y ampliar su poder para alterar las relaciones de fuerza existentes entre las distintas potencias imperialistas; tanto más cuando se trata de zonas geopolíticas estratégicas.

La guerra ruso-ucraniana, por tanto, llevaba años en el aire; tanto el aspecto económico como el político estaban entrelazados, implicando directamente a las clases burguesas dominantes no sólo de Rusia y Ucrania, sino también de las potencias europeas y, sobre todo, de Estados Unidos. El aspecto económico, para ambos, no sólo se refiere a las exportaciones de sus materias primas -petróleo, gas, hierro y acero, carbón, trigo, etc., por parte rusa, hierro, acero, grano, mineral de hierro, etc., por parte ucraniana-, sino también a combatir las crisis económicas y recesiones que periódicamente azotan a todos los países capitalistas avanzados, por tanto también a Rusia y Ucrania, centrándose en la economía de guerra y, por tanto, utilizando el medio que ha estado en primera línea desde el final de la Segunda Guerra Mundial Imperialista: la guerra. Y en esto, Estados Unidos es un maestro sin rival: de los 124 años que separan 1898 (año en el que muchos historiadores fijan el inicio del imperialismo estadounidense) de 2022, es decir, desde la guerra de Estados Unidos contra España por el control de Cuba y Filipinas hasta hoy, ha habido 13 años en los que Estados Unidos no ha hecho la guerra (11), pero sin embargo se ha preparado para ella. No es que Rusia haya sido campeona de la paz; aparte de los años correspondientes a la revolución bolchevique (1917-1926) -en los que la guerra revolucionaria contra las potencias imperialistas anticomunistas tenía como objetivo acabar con el sistema capitalista que basa su desarrollo y perdurabilidad histórica en las gue-

rras de rapiña-, desde la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 en adelante Rusia, al participar en la Primera Guerra Imperialista Mundial, se alineó, a pesar de su atraso económico, con las potencias imperialistas euroamericanas, reafirmando su papel antiproletario por excelencia, que del régimen zarista pasaría, tras la derrota de la revolución proletaria en Rusia y en el mundo, al régimen estalinista; y de la potencia imperialista en que se había convertido no podía sino participar en la segunda guerra imperialista mundial por un reparto diferente del mundo, y en una serie interminable de guerras, directas o llevadas a cabo «por delegación» en todas las décadas siguientes (12).

HACIA LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

¿Representa la guerra de Ucrania la espoleta de una tercera guerra mundial? Esta perspectiva ha sido planteada en varias ocasiones, especialmente por los grandes medios de comunicación políticos occidentales, y los argumentos que la apoyan han sido diversos, pero esencialmente todos dirigidos a encontrar «el culpable», el país o bloque de naciones que desencadenaría la fatídica «primera agresión», en definitiva, el nuevo «Sarajevo». El *casus belli* en esta situación sería la invasión militar rusa de Ucrania, vista como un «primer paso» para la temida «agresión contra Europa». El viejo «Imperio del Mal», nombre con el que Ronald Reagan había etiquetado a la URSS en 1983 (13), cerrando la era de la llamada «gran distensión» entre los dos imperialismos y caracterizada por la congelación recíproca del arsenal nuclear, vuelve a estar de moda, mostrando cómo en los contrastes interimperialistas la implicación de las iglesias y las consignas de motivación religiosa están siempre en el candelero. Ayer Stalin, el «dictador comunista», hoy Putin, el «nuevo zar», son los símbolos recordados de ese Imperio del Mal tan a mano para la propaganda de los imperialismos euroamericanos que intentan así no sólo justificar la actual guerra por poderes de la OTAN contra Rusia en suelo ucraniano, sino también movilizar a las masas euroamericanas en apoyo de este enfrentamiento por el que es el pueblo ucraniano en particular, y su proletariado, quienes pagan el precio más alto en términos de masacres y devastación de su país. Una guerra, como decíamos, que por ambas partes se venía gestando desde los no muy lejanos años 90 del pasado siglo, cuando Rusia, debilitada por la profunda crisis que llevó al colapso de la URSS, no tenía fuerzas para frenar la rápida expansión de la OTAN hacia los antiguos satélites de Moscú en Europa del Este, pero tampoco había quedado reducida a un territorio fácilmente colonizable por el dólar, la libra, el marco alemán o el posterior euro. Su territorio extendido entre Europa y Asia, su

(sigue en pág. 16)

Ucrania, ¿Corea del Siglo XXI?

(viene de la pág. 15)

riqueza en materias primas, su poderío militar y su historia de siglos como potencia dominante en suelo europeo y asiático, son elementos que constituyeron la base del imperio zarista ayer, del imperio estalinista ayer, y todavía hoy de un imperialismo ciertamente no a la altura del de Estados Unidos, pero de magnitud suficiente para mantener en vilo a las cancillerías de todo el mundo.

La tendencia a resolver los contrastes interimperialistas con la guerra, como decía Lenin, nunca desaparece; del período en que el llamado equilibrio mundial (ausencia de guerra mundial) se basaba en el «equilibrio del terror», hemos pasado al período del «terror del equilibrio», es decir, al período en que el reparto del mundo tras la Segunda Guerra Mundial se ha visto cada vez más alterado debido al cambio real en el equilibrio de poder entre las grandes potencias imperialistas. La guerra imperialista mundial fue la respuesta, tanto en 1914 como en 1939, a las profundas crisis en las que se sumió el capitalismo internacional; crisis económicas, financieras, sociales, políticas que, combinando los factores negativos pertinentes, condujeron inevitablemente a la crisis de la guerra. Fue la propia burguesía la que declaró que la guerra era buena para la economía. Los Estados Unidos de América se recuperaron de la gran crisis de los años 30, dijo Peter North, premio Nobel de economía, no por los méritos del keynesianismo: «No salimos de la depresión gracias a la teoría económica, salimos de ella gracias a la Segunda Guerra Mundial» (14). Y lo mismo ocurrió con la Guerra de Corea en 1950, la Guerra de Vietnam, las Guerras del Golfo, Afganistán y ahora Ucrania. Cada guerra conlleva un aumento de los gastos militares y de las exportaciones de armas; cuantas más guerras hay en el mundo, más armamento se necesita; cuantas más guerras hay, más armamento se destruye y, para continuar las guerras, hay que renovarlas. A estas alturas está claro que si la guerra es justificada por los dos bloques enfrentados, por un lado para contrarrestar la agresión, y por otro para justificarla en relación con las provocaciones recibidas o el peligro de nuevas agresiones, el aumento del gasto militar por parte de cada gobierno pasa sin ningún problema, sabiendo perfectamente que este aumento va en detrimento del gasto público en el frente social (sanidad, educación, transportes, redes de seguridad social, etc.). La economía capitalista, a través de todo el sector militar y sus extensas industrias aliadas, se beneficia en cualquier caso de este desplazamiento del capital público, independientemente de que la guerra emprendida termine con la victoria o la derrota de tal o cual Estado. El capitalismo, como sistema mundial, se beneficia y, gracias a la destrucción cada

vez mayor, puede reanudar sus ciclos económicos con renovada energía. Y sólo el movimiento proletario revolucionario -como ocurrió en 1917-1926-, a pesar de sus altibajos, tiene la fuerza para frenar y contrarrestar el curso implacable del capitalismo hacia la renovación de las guerras y la devastación. Por eso, contra el movimiento proletario revolucionario, las potencias capitalistas, por encima de sus rencillas y guerras de rapiña, se unen para impedir que triunfe la revolución proletaria internacional y hacer desaparecer al capitalismo de cualquier futuro. No sólo tuvimos este ejemplo con la Comuna de París de 1871, también lo tuvimos con la revolución bolchevique de 1917, y de nuevo con la dominación ruso-estadounidense de Europa en 1946-48.

A las ambiciones de dominación imperialista de las grandes potencias se añade la necesidad de volver a poner en marcha la máquina productiva y de explotación del capital que periódicamente se atasca y entra en crisis. Hoy, más que ayer, nos acercamos a una crisis capitalista a nivel mundial no sólo y no tanto por «culpa» de las ambiciones imperialistas de Estados Unidos o Rusia, o de esa particular entidad imperialista llamada Unión Europea, sino porque han aparecido otros actores en el teatro mundial de la competencia interimperialista, China en primer lugar, y la India y el silencioso Japón a continuación.

En Ucrania, como ayer en Corea, Irak, Siria o Yemen, no se está produciendo una guerra local, aunque el territorio implicado sea limitado; esta guerra tiene un significado global desde el momento en que fue planeada y preparada, porque ninguna potencia imperialista puede permitir que las potencias contrarias, sin reaccionar ni siquiera por la fuerza, conquisten territorios económicos y mercados en su beneficio. Aunque el desarrollo del poder económico y militar de cada país imperialista ha sido excepcional, si lo comparamos con la situación incluso hace sólo 20-30 años, es inevitable que por muy fuerte y dominante que sea un país imperialista, por ejemplo los Estados Unidos de América, para contrarrestar a los competidores directos más fuertes necesita aliados, y los aliados más fuertes sólo pueden ser los países altamente industrializados, que a su vez se han convertido en imperialistas. Atrás quedaron los tiempos en que sólo existía una gran potencia mundial, como lo fue Inglaterra en siglos pasados, y como lo han intentado ser los Estados Unidos de América desde la Segunda Guerra Mundial. En cada alianza siempre hay una gran potencia que la «lidera». Pero lo que impulsa a cada «aliado» son las esferas de intereses e influencia que ya ha conquistado y que tiende a reforzar y ampliar. Este objetivo, sin embargo, no es plenamente alcanzable por ninguno de los aliados porque, como escribe Lenin, «en un régimen capitalista no se puede pensar en otra base para la división de las esferas

de interés e influencia, de las colonias, etc., que la evaluación del poder de los participantes en la partición, de su poder general económico, financiero, militar, etc.» (15). Por lo tanto, en la guerra de Ucrania, lo que están evaluando las potencias imperialistas directamente implicadas es precisamente el poder económico, financiero y militar de cada una con respecto al objetivo que se han fijado. Que el objetivo de Rusia es anexionarse un trozo de Ucrania, concretamente Crimea y el Donbass, está ya fuera de toda duda; que lo consiga y que esta anexión dure no es seguro. Que el objetivo de Estados Unidos y Gran Bretaña es someter a Ucrania a su propia esfera de intereses e influencia está igualmente claro. En cuanto a la Unión Europea, que está directamente implicada porque todos sus países son miembros de la OTAN -y, por tanto, están bajo la dominación militar de Estados Unidos- es, como ya hemos dicho, una entidad totalmente desigual. Alemania e Italia, y por supuesto Hungría, debido a sus relaciones económicas y financieras con Rusia, habrían preferido permanecer interesadamente neutrales con respecto a la «operación militar especial» de Rusia en Ucrania; por lo tanto, siguieron a regañadientes a Estados Unidos y la OTAN que les obligaban a tomar partido contra Rusia, pero es evidente, dado el equilibrio de poder existente, que no podían hacer otra cosa. Con toda probabilidad, Francia habría preferido empezar a negociar ya en los primeros meses de la guerra, tanto para desempeñar un papel distinto al de EEUU como para mantener abierta la posibilidad de desarrollar el comercio con un país tan rico en materias primas como Rusia. Por otra parte, las buenas relaciones entre Francia y EEUU, por mucho que se declaren continuamente de gran cooperación y entendimiento -como en el último encuentro entre Macron y Biden en Washington (16)-, se ponen a menudo en entredicho precisamente por el acoso sistemático de EEUU no sólo contra sus enemigos, sino también contra sus aliados más antiguos, como Francia. Baste recordar la bofetada que Washington, junto con Londres y Camberra, dio a París en el «acuerdo del siglo» relativo al pedido australiano de 12 submarinos nucleares contratados por 56.000 millones de euros para los próximos 50 años; un acuerdo que Washington, con el pretexto de contrarrestar las ambiciones de China en el Pacífico, sopló literalmente delante de las narices de Francia; o la cuestión del suministro de gas licuado por parte estadounidense, en relación con las sanciones antirrusas debidas a la guerra de Ucrania, por la que el ministro francés de Economía, Le Maire, ha acusado públicamente a Estados Unidos de cuadruplicar el precio de exportación de su gas licuado (que, además, tiene que ser regasificado) con el que Europa intenta sustituir el gas ruso. En el primer semestre de 2022, Estados Unidos enviaría a Europa el 68% de sus exportaciones de

GNL (gas natural licuado), un total de 39.000 millones de metros cúbicos de metano para regasificar, arrebatándolo a Asia y América Latina; de hecho, según Reuters, el precio medio del GNL estadounidense en julio fue de 34 dólares por mmBtu frente a los 30 dólares de Asia y los 6,12 dólares de EEUU, prácticamente el doble que en 2021; pero en verano, para Europa, el precio aumentó enormemente hasta los 60 dólares por mmBtu, y en septiembre el precio seguía siendo de 57,8 dólares para la UE y de 8 dólares para EEUU. Adiós a los beneficios excesivos... El ministro francés tenía motivos para quejarse de su socio estadounidense cuando reiteró en la Asamblea Nacional de París, en octubre pasado, lo que pensaban todas las cancillerías europeas: «el conflicto de Ucrania no debe desembocar en una dominación económica estadounidense y en un debilitamiento de la Unión Europea» (17). Pero la ley del mercado pasa por encima de las quejas y, como siempre ocurre, cuando hay escasez de un producto, quienes lo poseen y pueden venderlo suben el precio todo lo posible. En la bolsa de Ámsterdam, que sirve de referencia europea para el comercio de gas, el precio del smc (metro cúbico estándar) en abril de 2021 era de 0,219 euros; en diciembre de 2021 (cuando los mercados ya temían un enfrentamiento armado entre Rusia y Ucrania) el precio había subido más de cinco veces, hasta 1,178 euros, y desde entonces, con las fluctuaciones normales, sólo ha subido en 2022: en marzo 1,343 euros, en julio 1,837 euros, en agosto 2,379 euros, en septiembre 2,019 euros, bajando en diciembre a 1,268 euros (18). No sólo Estados Unidos se ha beneficiado de esta situación, sino también Noruega (que no forma parte de la UE) y que, especialmente desde que se han cerrado los gasoductos Nord Stream 1 y Yamal, que transportaban gas ruso a Europa, se ha visto tan favorecida que ha cuadruplicado sus exportaciones de gas a Europa. Y, por supuesto, no han faltado las acusaciones de los bandoleros de Bruselas a los de Noruega de «avaricia desmedida»...

Pero la presión de Estados Unidos, aprovechando que la guerra en Ucrania no se estaba librando como una guerra relámpago y que la Ucrania de Zelensky actuaba como peón de la OTAN aunque oficialmente no formara parte de ella, fue tal que la Unión Europea se vio inducida a promulgar una serie cada vez mayor de sanciones económicas contra Rusia y a apoyar financieramente y con continuos suministros militares al ejército ucraniano. La justificación propagandística de esta implicación europea, como sabemos, es que era necesario contrarrestar el peligro de que Rusia atacara militarmente a Europa con una fuerte respuesta financiera y armada, no enviando sus propias tropas como en Afganistán, sino haciendo que los ucranianos entraran en guerra para que se restaurara su «soberanía nacional». Esto sigue ocurriendo, aunque

los suministros militares concedidos hasta ahora a Zelensky no han estado a la altura de las exigencias de responder y derrotar a las tropas rusas de ocupación. La blitzkrieg con la que soñaban los rusos se enfrentó a una resistencia ucraniana subestimada y a un frente antirruso del lado europeo bastante fuerte en conjunto, a pesar de la durísima penalización a la que se enfrentaban los países europeos, Alemania e Italia sobre todo, debido a la drástica disminución o el cese de los suministros de gas y petróleo rusos. La presión de Washington ha sido tal que hasta ahora ha conseguido doblegar a Alemania, Francia e Italia a sus directrices antirrusas, aunque en lo que respecta al suministro de armamento más moderno y sofisticado (tanques, misiles, etc.), unos más y otros menos, siguen oponiendo bastante resistencia. Ya es conocida la reticencia de Alemania a suministrar a Ucrania tanques Leopard 2, considerados internacionalmente los más modernos y adecuados para la guerra de campaña en un territorio como el ucraniano, a pesar de las constantes presiones de los aliados europeos y de EEUU; así como la continua petición del gobierno ucraniano de utilizar la fuerza aérea para responder a la artillería y misiles rusos con los que se ataca a las ciudades ucranianas, incluida Kiev, desde distancias considerables. Pero hasta ahora ninguna potencia occidental está dispuesta a asumir la responsabilidad de elevar demasiado el nivel de confrontación con Rusia, no sólo por el temor a una furibunda reacción de Moscú con las tan amenazadas armas nucleares tácticas, sino también porque ningún país, quizá ni siquiera EEUU, está dispuesto hoy a asumir los costes y compromisos de una tercera guerra mundial ante la que las propias alianzas interimperialistas actuales no son en absoluto estables y ni siquiera están armadas como requeriría una guerra mundial (19). Por otra parte, se comprende por qué Zelensky habla a los europeos según las indicaciones y los intereses estadounidenses: Washington tiene todo el interés en debilitar militar y financieramente a la UE, porque se convertiría en el único proveedor de armamento moderno de los ejércitos europeos -condicionándoles así su equipamiento, entrenamiento y piezas de recambio-, obligando a los países europeos, léase Alemania y Francia sobre todo, a realizar grandes inversiones que tardarían varios años en producir nuevos sistemas de armas en cantidades significativas. Con el pretexto de la guerra de Ucrania contra Rusia para defender su territorio nacional, Estados Unidos intenta una nueva agresión contra Europa debilitándola militar y económicamente, como hizo durante la Segunda Guerra Mundial; el objetivo de Washington es consolidar su posición de fuerza en Europa para tener más libertad de acción a la hora de contrarrestar el crecimiento de la fuerza imperialista por parte de China.

Lenin escribió en 1916 que «las

alianzas de paz preparan las guerras y a su vez surgen de ellas», que «no son más que un «respiro» entre una guerra y otra, cualquiera que sea la forma que adopten tales alianzas», es decir, «la de una coalición imperialista contra otra coalición imperialista» y, retomando la hipótesis avanzada en su momento por Kautsky sobre el ultraimperialismo, reitera también el concepto en la hipótesis «de una liga general entre todas las potencias imperialistas» (20); Esta última hipótesis es extremadamente improbable en el contexto de los contrastes interimperialistas que se han desarrollado históricamente desde principios del siglo XX, pero no debe excluirse a priori y es ciertamente concebible en el caso en que la revolución proletaria triunfe en un país imperialista importante y, sobre la base de esta victoria, proceda hacia la revolución mundial transformando la guerra imperialista en guerra de clases revolucionaria. Como escribió Marx en 1848, el terreno contrarrevolucionario es al mismo tiempo terreno revolucionario, no por una especie de germinación espontánea, sino por el hecho de que los factores económicos, políticos, sociales y militares que desencadenan el choque entre Estados capitalistas, tanto más en la época imperialista, también sacuden profundamente las relaciones sociales entre las clases de cada país, elevando el nivel de la lucha entre clases, una lucha que hierve permanentemente bajo la presión y la opresión burguesa, haciéndola, si es influida y guiada por el partido de clase, potencialmente revolucionaria.

Hoy todavía no hay signos de un renacimiento de la lucha de clases del proletariado, ni en los países imperialistas que luchan por repartirse el mundo, ni en los países dominados y oprimidos por las naciones más fuertes; una lucha que haría más clara la perspectiva revolucionaria de la lucha de clases. Por el contrario, asistimos a una crisis prolongada del movimiento obrero bajo todos los cielos, una crisis que ha borrado por completo en las generaciones proletarias más recientes todo recuerdo, toda tradición de las luchas de clase del pasado, haciéndolas retroceder a las formas más duras de sometimiento y esclavitud inimaginables hace cien años. De este abismo en el que se ha precipitado, el proletariado sólo podrá resurgir mediante la lucha primordial por la vida o la muerte, negándose a dejarse matar para garantizar la vida de sus esclavistas, de sus opresores, de sus explotadores, y borrando de su horizonte toda ilusión de paz, de democracia, de civilización, que los poderes burgueses alimentan con toda su fuerza con el único fin de mantenerlo sometido y esclavizado para explotar permanentemente su fuerza de trabajo y poder convertirlo en carne de cañón cada vez que las crisis económicas y sociales sacudan la sociedad de arriba abajo.

(sigue en pág. 18)

Ucrania, ¿Corea del Siglo XXI?

(viene de la pág. 17)

Los proletarios rusos y ucranianos que trataron de eludir la llamada a la guerra, escondiéndose o huyendo a otros países, o que mostraron su oposición a la guerra en algunas ocasiones, si por un lado mostraron su oposición personal a la guerra, por otro lado mostraron inevitablemente la total desorientación y aislamiento en que se encontraban. Desorientación y aislamiento causados, precisamente, por décadas de colaboracionismo interclasista implementado por las organizaciones económicas y políticas que se refieren al proletariado, a través de las cuales pasa siempre toda ilusión sobre la posibilidad de mejorar las propias condiciones de existencia si se actúa y piensa como quiere, u obliga, la clase burguesa dominante. Hacer que el proletariado pierda su característica reconocida de clase distinta de todas las demás, con intereses propios antagónicos a los de las demás clases, es exactamente el objetivo que toda clase dominante quiere alcanzar; y para lograrlo utiliza no sólo «políticas sociales» que de alguna manera silencian las necesidades más básicas de la clase obrera, sino políticas que refuerzan el control social y atan al proletariado al carro burgués de por vida. En cierto modo, se trata de la vieja política del palo y la zanahoria, es decir, alternar buenos y malos modos para lograr un resultado que nunca se conseguiría sólo con la persuasión. En resumen, si bien los soldados tienen garantizada la comida, también tienen garantizadas las medidas represivas si no acatan las órdenes... La paz de estómago, por tanto, depende de que todo el cuerpo tienda a la guerra... Por supuesto, también entra en juego la implicación ideológica con la que se justifican las buenas y, sobre todo, las malas maneras. Y, en el caso de esta guerra, los respectivos nacionalismos han vuelto a desempeñar un papel importante. El nacionalismo no está en contradicción con el imperialismo, como no lo está la libre competencia; sólo que se eleva el nivel de competencia entre el nacionalismo de los países imperialistas más fuertes y el nacionalismo de los países más débiles, de modo que el nacionalismo de los países más débiles es absorbido por el nacionalismo del país más fuerte y, al mismo tiempo, lo alimenta. Un poco como el nacionalismo ucraniano hacia los países de la Unión Europea en esa especie de multinacionalismo que los diferentes países europeos utilizan para justificar su alianza económica, financiera y política con respecto a los problemas políticos internos de cada país y las relaciones con su aliado más fuerte e intrusivo, los Estados Unidos de América. Incluso en los prolegómenos de una tercera guerra mundial, el nacionalismo desempeñará un papel importante; como en este caso, e incluso más, en el caso de la segunda y la pri-

mera guerras imperialistas mundiales, cada país de una y otra coalición imperialista hará la guerra, y el nacionalismo de los países menos decisivos - como su economía- estará al servicio del nacionalismo del país o países más fuertes; la dependencia económica y militar en la conducción de la guerra decide qué papel va a desempeñar cada país de la respectiva coalición, y qué papel podrá desempeñar al final de la guerra, cuando la partición del mundo sufra los cambios que establecerán las nuevas relaciones de poder.

Hoy, el panorama mundial se presenta con un progresivo desarrollo de los contrastes entre la OTAN y Rusia, sin olvidar que en el seno de la OTAN, mientras el Reino Unido se comporta ahora como un apéndice de los Estados Unidos, el interrogante más fuerte es siempre Alemania, pero también Hungría, que, desde el comienzo de la guerra ruso-ucraniana, ha «remado contra» las sanciones europeas y, últimamente, se ha opuesto claramente al nuevo préstamo de la UE a Ucrania de 18.000 millones de euros para 2023. El compromiso que la Unión Europea -dirigida de facto por Alemania- está apoyando en la guerra de Ucrania contra Rusia, financiera, militar y humanitariamente, según los informes de los medios de comunicación, habría superado, a partir del 7 de diciembre de 2022, al de Estados Unidos: 52.000 millones de euros (incluidos los 18.000 millones de euros previstos para 2023, a los que Hungría, sin embargo, se opone) frente a los 48.000 millones de euros de Estados Unidos. Entre los 27 Estados miembros de la UE, Alemania es el que más ha invertido hasta ahora, 12.600 millones de euros (principalmente en términos financieros); incluso en términos militares, con 2.300 millones de euros, es el país europeo que más ha invertido hasta ahora, frente a Polonia, con 1.800 millones, Noruega, con 600 millones, Suecia, con 600 millones, e Italia, con 300 millones (21). Desde que se hacen las promesas hasta que se ponen en práctica, como siempre, pasa mucho tiempo; por eso es lógico que Zelensky siga insistiendo en que los europeos y Estados Unidos aceleren el envío de armas cada vez más sofisticadas y de financiación para hacer frente a la destrucción de las infraestructuras energéticas e hidráulicas causada por los bombardeos rusos. En cuanto a Francia, que ha sido uno de los principales inversores europeos en Ucrania, recientemente, en la conferencia internacional de solidaridad con Ucrania celebrada en París en diciembre de 2022, presidida por Macron junto a (por videoconferencia) Zelensky, y que hasta ahora no se ha destacado por su ayuda militar, reunió a más de 700 empresas francesas comprometiéndose a aportar 1.000 millones de euros para la reconstrucción de Ucrania: obvio, mirando, como todo el mundo, al negocio de la posguerra... No es casualidad, de hecho, que el ministro francés de Defensa, Lecornu, volara a Lituania tras su visita a Kiev a finales de di-

ciembre para cerrar la venta de morteros «César Mark II» por valor de entre 110 y 150 millones de dólares (22).

MIENTRAS DURE LA GUERRA

Mientras tanto, las sanciones estadounidenses, europeas y de otros aliados, según los mismos medios de comunicación dominantes, parecen haber fracasado en su objetivo; se suponía que debían doblegar severamente la economía rusa golpeándola en sus comercios vitales (exportación de gas, petróleo y otras materias primas) y bloqueando el capital ruso depositado en bancos extranjeros; se suponía que esto privaría a Moscú del capital que necesitaba para apoyar la guerra en Ucrania, obligándola a negociar la «paz» en las condiciones más desfavorables para ella. Según el *Washington Post*, citado en el *Corriere della sera* del 18 de enero de 2023, Rusia, basándose en las afirmaciones de Putin, sufrió una caída del PIB de sólo el 2,1%, mucho pero mucho menos que el 10% o el 15% (o incluso el 20%) que pronosticaban los expertos habituales (23). Evidentemente, esto no sólo dependió de cómo Rusia sorteó las sanciones euroamericanas (haz la ley, encuentra el resquicio, es un lema burgués siempre válido) y de cómo absorbió el golpe de la falta de ventas de gas y petróleo a Europa en comparación con antes, recurriendo a los mercados orientales, especialmente China e India, que, por supuesto, lo compraron a precios de no mercado. El caso es que las propias sanciones, sobre todo por parte europea, aunque «fuertes» en las declaraciones oficiales, en la práctica nunca han sido tan firmes y absolutas; y esto denota, por enésima vez, la dificultad objetiva de la Unión Europea para actuar como un «estado unido», que no lo es, ni podrá serlo nunca, mientras viva el capitalismo. E incluso si algún día, por alguna combinación astral favorable, se formaran realmente los fabulosos Estados Unidos de Europa, no serían más que una entidad unitaria imperialista opuesta frontalmente a las demás unidades imperialistas ya existentes: Estados Unidos de América, China, Rusia, India. No garantizarían en absoluto la «paz» en el mundo, sino que aumentarían exponencialmente los contrastes imperialistas entre estas unidades imperialistas. Por lo tanto, aumentarían aún más los factores objetivos para una tercera guerra mundial.

Todas las cancillerías esperan que la guerra ruso-ucraniana dure mucho tiempo, quizás incluso más allá de 2023. Y es un tiempo en el que todas las potencias imperialistas, incluida Rusia, pretenden sacar lecciones, probar la eficacia de cierto armamento, de ciertos planes estratégicos, evaluar hasta qué punto la tecnologías por satélite y el uso de drones contribuyen a los golpes contundentes contra el enemigo y facilitan los ataques a través de las líneas enemigas en una «guerra partisana» que, dado el marco en el que se desarrolla esta guerra, se

convierte en una parte nada desdeñable de la misma.

En esta guerra, todas las cancillerías occidentales se preguntan qué papel juega y jugará realmente China. Es bien sabido que entre Rusia y China existen entendimientos de diversa índole, tanto económicos como políticos, marcados por un contraste con el imperialismo estadounidense de naturaleza tanto política como militar; un contraste que en la actualidad se ha manifestado descaradamente en la guerra ruso-ucraniana y con bastante fuerza, aunque sin llegar a convertirse en un enfrentamiento militar, en el teatro indo-pacífico y, más concretamente, en Taiwán. China está muy interesada en mantener buenas relaciones comerciales, y por tanto también políticas, con Estados Unidos y Europa porque son, en general, los principales mercados de exportación tanto de bienes como de capitales. Por otra parte, lo mismo ocurre con Estados Unidos y Europa, especialmente Alemania, que es el primer país europeo en términos de importación-exportación con China. Esto no quita que las miras chinas sobre Taiwán y, en general, sobre todo Extremo Oriente, sigan preocupando seriamente a Washington, Londres, Nueva Delhi, Tokio y Canberra. Pero como imperialista que es, la clase burguesa dominante de Pekín -aunque lleve más de setenta años disfrazándose de «comunista»- no puede dejar de tener un horizonte planetario. Las buenas relaciones con Rusia, sobre todo en términos de contraste con EEUU, representan una vez más un punto de ventaja en los contrastes interimperialistas del mundo; astutamente, Xi Jinping ha criticado la invasión rusa de Ucrania, defendiendo el principio de «soberanía nacional» (que viene muy bien para justificar la reivindicación de Taiwán como parte de la gran nación china), pero no la ha apoyado militarmente (Corea del Norte, que es un satélite chino, se está encargando de ello); Sin embargo, se ha aprovechado de las dificultades económicas de Rusia en las exportaciones de gas y petróleo debido a los continuos paquetes de sanciones euroamericanas, comprando a precio de ganga lo que Rusia ya no podía vender a Europa. Y así, China, gracias a sus relaciones con la Rusia de Putin y a su implicación no militar en la guerra ruso-ucraniana, es ampliamente considerada como la potencia que podrá mediar, una vez finalizada la guerra, en las negociaciones de paz, quizás en una conferencia de paz que se celebrará en Bali, Davos o París. Mantenerse al margen, esperando a que los enemigos en guerra lleguen a su fin, parece ser una característica oriental. El hecho es que Pekín tampoco tiene interés en entrar en el campo de batalla completamente armado; se está preparando, sin embargo, para la eventualidad de una futura guerra mundial contra cualquier otra potencia imperialista que quiera imponer sus intereses en el Indo-Pacífico, Estados Unidos a la cabeza, aunque los estado-

unidenses, igual que no tienen intención de morir por Kiev hoy, no parecen tener intención de morir por Taipei mañana. Forrajearán a Taipei con dólares y armamento como hacen con Kiev, pero si estalla la guerra con Pekín, los taiwaneses tendrán que lidiar con ella, igual que, hoy, en la guerra contra los rusos tienen que lidiar con ella los ucranianos.

EL ARDUO Y DIFÍCIL CAMINO HACIA LA RECUPERACIÓN CLASISTA DEL PROLETARIADO

El proletariado de Europa Occidental, al apoyar a sus gobiernos beligerantes contra Rusia, participando o soportando sin la menor oposición la campaña ideológica y práctica emprendida por el multinacionalismo euroamericano, demuestra que sigue vergonzosamente engañado sobre las posibilidades de que los gobiernos imperialistas de sus propios países gracias a la guerra de Ucrania (que es una guerra de robo tanto por parte rusa como euroamericana), pongan fin a las masacres que se están produciendo 'en casa' doblegando el Mal, que estaría representado por la agresiva Rusia, a las razones del Bien, de la convivencia pacífica entre los pueblos, que estarían representadas por estos gobiernos... los 'mejores mensajeros de la paz' en el mundo. Estos mismos gobiernos que apoyaron las guerras en Bosnia, en Kosovo, en Libia, en Afganistán, en Irak, en Siria (sólo por mencionar las más recientes), y que -por encima de las fuerzas políticas que los guían y guían- pretenden imponer las razones de su propio imperialismo autóctono a las naciones más débiles, ¿estos mismos gobiernos serían los 'constructores de la paz', los dispensadores de la 'civilización', los garantes del 'bienestar' y la 'armonía' entre los pueblos?

Con todas las décadas de masacres de poblaciones indefensas y robos perpetrados en todos los continentes por las potencias imperialistas -democráticas, sobre todo-, puede sorprender que la mayoría del proletariado de los países avanzados (el que, teóricamente, tendría la fuerza potencial para oponerse decisivamente a todo esto) se vea, en cambio, forzado a una vida miserable a la espera de ser conducido, como bueyes, al matadero. En Europa, en particular, cada día llegan, o intentan llegar, por mar y por tierra, miles de masas inmisericordes y desesperadas que huyen de guerras instigadas y dirigidas por los propios países democráticos de Europa, que huyen de la devastación de las guerras de ayer que se suman a la devastación de las guerras de hoy. Estas masas proletarias, sin reservas y sin patria, a merced de situaciones que nunca controlarán, pero que son cínicamente utilizadas por los empresarios civilizados y los Estados europeos para explotar su fuerza de trabajo y chantajear fuertemente a los proletarios nativos (mostrándoles en qué podrían acabar si no se plegaban a las exigen-

cias de los patrones), demuestran objetivamente que el proletario, el asalariado, no tiene realmente patria, porque la patria, por la que se ve obligado a morir trabajando o bajo los bombardeos es la patria que le chupa la sangre y la vida en beneficio exclusivo de esa minoría ávida de beneficios y riquezas que se autodenomina clase burguesa dominante, y que tiene muy claro que su principal enemigo histórico no es la burguesía extranjera con la que se enfrenta en la lucha de la competencia internacional -y contra la que envía a sus proletarios a la guerra-, sino que es el proletariado, la clase de los trabajadores asalariados, la única clase que, explotada capitalísticamente, produce la riqueza de cada país que la burguesía, mediante el modo de producción capitalista, transforma en valor para el capital y, por tanto, para la propia burguesía, que es la dueña de todos los medios de producción y que se apropia de toda la riqueza producida, obligando al proletariado y al conjunto de la sociedad a depender de su poder. Es precisamente el poder burgués, concentrado políticamente en el Estado, el que la lucha de clases del proletariado debe derrocar. Ningún burgués esperaba en 1917, en plena guerra imperialista mundial, que el proletariado ruso tuviera la fuerza suficiente para derrocar no sólo al viejo y podrido poder zarista, sino también al joven nuevo poder burgués; ningún burgués esperaba que este proletariado, aunque agotado y muerto de hambre por las consecuencias de la guerra, fuera capaz de organizarse en una dictadura de clase para dirigir el Estado, de organizar el Ejército Rojo desde cero, de resistir en una larga guerra civil contra las Guardias Blancas apoyadas en todos los sentidos por las potencias imperialistas que, de todos modos, seguían haciéndose la guerra entre sí, y organizar al mismo tiempo la nueva Internacional proletaria sobre las cenizas de la vieja II Internacional socialchovinista y traidora, aceptando el desafío internacional que las potencias imperialistas habían lanzado contra ella. No fueron las potencias anglo-francesa y norteamericana las que quebraron al proletariado ruso en la guerra civil rusa, ni tampoco el poderoso y temido ejército alemán; fueron los venenos oportunistas de la socialdemocracia europea y del nacionalismo gran ruso los que cortaron las piernas al proletariado ruso y, con él, al proletariado de toda Europa empezando por el proletariado alemán y húngaro. Esta lección de la historia y de la lucha del movimiento proletario y comunista contra toda potencia imperialista y contra todo oportunismo fue ciertamente extraída por Lenin y el partido bolchevique mientras éste logró resistir a las influencias deletéreas y venenosas del oportunismo; y fue ciertamente abordado por la corriente de la Izquierda Comunista Italiana a cuya intransigente continuidad teórica y

(sigue en pág. 20)

Ucrania, ¿Corea del Siglo XXI?

(viene de la pág. 19)

política debemos la restauración de la doctrina marxista y los fundamentos teórico-políticos de la reconstitución del partido comunista revolucionario, el partido de clase que es el arma vencedora del proletariado internacional en la lucha por su emancipación definitiva del capitalismo, de una sociedad que sólo se sostiene oprimiendo a las clases trabajadoras y a los pueblos de todo el mundo. Por muy lejana en el tiempo que parezca la reanudación de la lucha de clases y revolucionaria del proletariado, por muy imposible que se considere la emancipación del proletariado fuera de la sociedad capitalista y burguesa, por mucho que se dé por muerta y difunta para la eternidad la revolución proletaria al estilo bolchevique, el proletariado aún será capaz de sorprender a las clases burguesas de todo el mundo, hará reaparecer en el horizonte el espectro del comunismo auténtico, del comunismo marxista, en una lucha sin cuartel entre los enterradores de la sociedad burguesa -los proletarios revolucionarios- y los conservadores burgueses de una sociedad en descomposición destinada a ser enterrada.

Durante décadas, las condiciones históricas nos han obligado a luchar sólo con las armas de la crítica, a la espera de que las relaciones de poder entre las clases cambien y abran el camino a la crítica de las armas. ¿En qué se basa esta certeza nuestra? Somos materialistas dialécticos y materialistas históricos; por eso sabemos que el desarrollo histórico de las fuerzas productivas provocado por el capitalismo llevará a la sociedad al punto en que las formas sociales con las que sigue limitándolas, obligándolas a autodestruirse para renovarse cíclicamente, ya no podrán contener su fuerza explosiva. Entonces será, internacionalmente, guerra o revolución, dictadura del imperialismo o dictadura del proletariado.

NOTAS

(1) Véase *Ne con Truman, ne con Stalin*, en nuestro periódico de entonces «Bataglia Comunista» nº 14, 12-26 de julio de 1950.

(2) Véase Lenin, *El imperialismo, fase suprema del capitalismo*, 1916, «Obras», vol. 22, cap. IV. La exportación del capital, Editori Riuniti, Roma 1966, p. 193.

(3) *Ibid*, p. 268.

(4) *Ibid*, p. 273.

(5) *Ibid*, pp. 241-42, 244.

(6) *Ibid*, p. 249.

(7) *Ibid*, p. 261.

(8) *Ibid*, p. 265.

(9) Véase Marx-Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Giulio Einaudi Editore, Turín 1962, p. 107.

(10) Véase EEUU y URSS: Amos-socialistas en Europa, adversarios imperialistas en Asia y África, «el programa comunista» nº 1, 1957, republicado en «il comunista» nº 123-124, nov. 2011-feb. 2012.

(11) Los años en los que EEUU no ha hecho la guerra son: 1935-1940, 1948-49, 1976-78,

1997, 2000; éstas son las guerras más cubiertas por los medios de comunicación internacionales en las que EEUU ha desempeñado un papel directo o indirecto, de alta o baja «intensidad», desde 1945-46 en adelante: China (1945-46, 1950-53), Corea (1950-53), Guatemala (1954, 1967-69), Indonesia (1958), Cuba (1959-60), Congo Belga (1964), Perú (1965), Laos (1964-73), Vietnam (1961-73), Camboya (1969-70), Granada (1983), Libia (1986), El Salvador (1980), Nicaragua (1980), Panamá (1989), Irak (1991-99), Bosnia (1995), Sudán (1998), Yugoslavia-Kosovo (1999), Afganistán (2001-2021), Yemen (2004-sigue en curso), Irak (2003-sigue en curso), Somalia (2007-2011), Siria (2010-sigue en curso), Libia (2011-sigue en curso). http://www.proteo.rdbcube.it/article.php?id_article=159&artsuite=1

(12) Rusia, tras la Revolución de Octubre de 1917 y el establecimiento de la dictadura del proletariado, adoptó oficialmente el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en diciembre de 1922, uniendo 15 repúblicas en un solo Estado. El nombre de URSS se mantuvo incluso después de que el estalinismo echara por tierra el curso revolucionario proletario y socialista, volviendo a presentar ante el mundo un Estado heredero de la historia que había caracterizado al zarismo, pero bajo la forma ya irreversible de un Estado burgués, entregado al capitalismo y a su desarrollo, por tanto, con todas las ambiciones del antiguo Imperio ruso. Las guerras, con sus ocupaciones militares asociadas, que le vieron desempeñar un papel protagonista, directa o indirectamente, a baja o alta intensidad, después de la Primera Guerra Imperialista Mundial, fueron: Manchuria Interior (1929), Mongolia (1929), Manchuria de nuevo (1939), Polonia (1939-1956), Finlandia (Guerra de Invierno, 1939-44), los Estados Bálticos (1940-1991), Rumania (Besarabia y Bucovina, 1940), Alemania (y territorios ocupados por ella durante la guerra: Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Albania, 1941-1944), Alemania Oriental (1945), Austria (1945-55), Manchuria de nuevo (1945-46), Noruega del Norte (1945-46), Corea (1945-48 y 1950-53), Hungría (1956), Israel/Palestina (1967-70), Checoslovaquia (1968-1989), Somalia/Etiopía (Ogaden, 1977-78), Afganistán (1979-89), Georgia (1991-93), Osetia (1992), Tayikistán (1992-97), Chechenia (1994-96 y de nuevo 1999-2009), Cáucaso (2009-2017), Ucrania (2014 y 2022-sigue en curso), Siria (2015-sigue en curso). https://it.frwiki.wiki/wiki/Liste_des_guerres_de_la_Russie

(13) Véase: Ronald Reagan, *Remarks at the Annual Convention of the National Association of Evangelicals in Orlando, Florida*, en reagan.utexas.edu, 1983. En este discurso, el presidente norteamericano, dirigiéndose a la Asociación Evangélica, dijo lo siguiente: «En vuestras discusiones sobre la congelación del arsenal nuclear, os insto a que os guardéis de la tentación del orgullo: la tentación de declararos serenamente por encima de todo y de etiquetar a ambos bandos como igualmente equivocados; la tentación de ignorar los hechos históricos, los impulsos agresivos de un imperio malvado, calificando la carrera armamentística de ‘enorme malentendido’, y de eludir así la lucha entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal.» Según John Lewis Gaddis, historiador de la «guerra fría»: «El discurso del «imperio del mal» completó una ofensiva retórica destinada a poner de relieve lo que Reagan consideraba el error central de la distensión: la idea de que la Unión Soviética se había ganado una legitimidad geopolítica, ideológica, económica y moral igual a la de Estados Unidos y otras democracias occidentales dentro del sistema internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial». (Véase, Gaddis, *The Cold War*, traducido por Nicoletta

Lamberti, Mondadori, Milán 2007).

(14) Véase Por qué la guerra es buena para la economía, diciembre de 2001, http://www.proteo.rdbcube.it/article.php?id_article=159&artsuite=

(15) Véase Lenin, *El imperialismo...*, cit. p. 294.

(16) Véase <https://it.ambafrance.org/Dichiarazione-congiunto-del-Presidente-de-la-Repubblica-Francesa-y-de-1.12.2022>.

(17) Véase <https://tg24.sky.it/mondo/2022/10/12/gas-prezzo-francia-usa-accuse>. El gas natural se mide en metros cúbicos (utilizando las medidas inglesas para su volumen en pies cúbicos). 1000 Btu equivalen a un pie cúbico de gas natural; un metro cúbico equivale a 35.315 pies cúbicos, es decir, 35.315 Btu por metro cúbico. Un mmBtu es 1 millón de Btu.

(18) Datos del European Gas Spot Index, <https://luce-gas.co.uk/guide/market/ttf-gas>, 9.1.2023.

(19) En cuanto a los tanques que Ucrania solicita insistentemente, la cuestión tiene muchos aspectos críticos «entre los cuales el más destacado es el hecho de que Europa apenas dispone de tanques suficientes para equipar a unas cuantas divisiones de sus propios ejércitos», se lee en <https://www.analisdifesa.it/2023/01/leuropa-for-nira-allucraina-carri-armati-e-missili-chenon-ha>.

(20) Véase Lenin, *El imperialismo...*, cit. p. 295.

(21) Véase <https://euractiv.it/section/capital/news/lopposition-of-hungary-to-the-EU-loan-for-lucrative-lucrative-reinforces-criticism-affirms-the-Minister-of-European-Affairs-of-the-Czech-Republic/>, de 16 de noviembre de 2022; y <https://www.startmag.co.uk/world/who-is-helping-more-Ukraine-with-arms-financial-and-humanitarian-support/>, de 11 de enero de 2023.

(22) Véase <https://en.euronews.com/2022/12/29/money-and-cannons-France-for-lucre-lavrov-kiiev-recognises-regions-annexed-to-russia>

(23) Véase Corriere dellasera, 18 de enero de 2023, Federico Rampini: La economía rusa no se ha hundido: ¿es la venganza de Putin contra las sanciones?

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 2 €; £ 3; 5 CHF;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 3F CHF.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8 CHF; América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8 CHF; América Latina.:US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3 CHF; 1,5£; América del Norte: US \$ 2; América Latina: US \$ 1,5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1,5 €, £ 1, 3 CHF.